Alevosamente tontos

G-M-R.

ALEVOSAMENTE TONTOS

Redactores: JLM y JCJ. Nº 27. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Presumir nunca está bien. Menos aún de inteligencia. Tendemos a sobrevalorar nuestros pobres cerebros y a alardear de luces que no pasan, en la mayor parte de los casos, de simples fogonazos.

Es difícil definir nuestra inteligencia si no es por comparación. Pero abundan tanto las estupideces a nuestro alrededor, también las nuestras propias, que parece desmedido presumir de humana inteligencia.

Pese a todo, admitida la existencia de cierta capacidad de raciocinio, no se nos escapará que abunda más la estupidez en todas sus formas. Hay idiotas por doquier y, ante todo, y éstos son los más peligrosos, necios convencidos de su superioridad. O incluso los que, conscientes de su necedad, se regodean en ella. Alardean, con o sin conciencia del hecho, de sus escasas entendederas.

Es cierto que es mucho más peligroso un tonto que un malvado. No menos cierta la infinitud de la estupidez humana que glosaba, años ha, el bueno de Einstein. Pero, ante todo, son peligrosas las hordas de imbéciles autosatisfechos, complacidos con su estulticia. Y es a éstos a los que se refiere el título de nuestro número, éstos los tontos alevosos que ponen en riesgo a todos siguiendo sus impulsos irracionales o las supuestas ideas de otros.

Uno puede ser tan chulo como quiera, pero son patéticos tantos chulos pagados de sí mismos porque sí, "porque ellos lo valen", que no necesitan pensar sus acciones y alardean de decisión, valor, temeridad, coraje, libertad, voluntad o cualquier otra supuesta virtud que no es más que una manifestación peligrosa de su supina falta de sesera.

Basta con mirar alrededor para ver rebaños de idiotas que se dejan llevar y otros que, de modo igualmente irracional, van

determinando su propio camino. Dan cierta pena, sí, pero, sobre todo, dan mucho, muchísimo miedo.

Esta revista no pretende ser una colección de relatos de terror, pero sí un muestrario de idiotas, de ejemplos para otros idiotas, que los somos todos, para beneficio y corrección de quien quiera mirarse en el espejo ajeno.

Cabe la posibilidad de que los redactores de estas páginas seamos los reyes de esta horda alevosa. Incluso estamos dispuestos a aceptarlo. Pero si nuestro propio ejemplo sirve de lección, habremos de darnos por satisfechos.

Ojalá que disfrutes y no te contagies.

DOBLEMENTE

Siempre me llaman la atención, y me resultan curiosos, todos ésos que gustan de presumir acerca de la perfección humana. Suelen recurrir a ella cuando pretenden hablar, en realidad, de la necesidad de un Creador, llámenlo Dios o como quieran. Y, sin embargo, basta un somero análisis, medio objetivo, para darse cuenta de que funcionamos casi de casualidad, que somos un conjunto de partes medio bien avenidas, construidas en forma de parches e imperfectos sistemas, máquinas adaptativas que han sobrevivido pese a la suma de errores.

Y todo esto, ¿a qué viene? No pretendo hablar de darwinismo, ni mencionar todos esos órganos vestigiales e incluso fastidiosos o los genes, medio parásitos, medio puñeteros o útiles con limitaciones, que nos provocan enfermedades o hasta la muerte. Se trata de hablar de estupidez humana y, en este caso, quiero mencionar lo que a mí me parece un nuevo "error de diseño", obra, en todo caso, de un ingeniero ahorrador y con poca visión de futuro.

Nuestros ordenadores parecen funcionar también por causalidad. Pese al sistema operativo y los programas, la estructura de los procesadores y chips parece robusta. Nos acercamos, poco a poco, al límite de miniaturización y, a la espera de lograr nuevos sistemas que hagan más sitio ahí abajo para nuestras puertas lógicas, los diseñadores ven que los procesadores actuales no pueden ir mucho más rápido así que, ¿qué es lo que se les ocurre? Sencillo y bien

práctico: colocar dos núcleos en los ordenadores más recientes –ya veremos si en el futuro hay tres, cuatro o múltiples de ellos- para aumentar el número de tareas que puede hacer el aparatito y, en consecuencia, incrementar, de algún modo, la velocidad del procesado.

Y a mí me parece, y lo pienso y lo digo con cierta envidia, que a los seres humanos también nos vendría muy bien ese doble núcleo.

Que parece una chorrada, ¿no? Puede ser. Pero, pongamos que uno tiene unas ganas locas de hacer cualquier cosa y, sin embargo, tiene que trabajar. O se convierte en un fabuloso escaqueador que, salvo hábiles excepciones, suele terminar mal, o no le queda otro remedio que dedicarse al trabajo en su horario y aprovechar el escaso tiempo libre, que le pilla ya cansado, y dedicarlo a su afición. Simplemente, que si uno debe estar atento a una ocupación, ya no puede divagar, pensar en cualquier otro asunto, a riesgo de fastidiar el trabajo. Pues el inconveniente se arreglaba bien pronto con el doble cerebro.

Dicen las mujeres que los hombres sólo podemos pensar en una cosa mientras que ellas pueden pensar en varias a la vez. Es posible y yo, personalmente, tiendo a creerlo así. No obstante, hasta las mujeres convendrán conmigo en que sus cerebros superiores se ven incapacitados para resolver varios problemas a un tiempo y realizar dos tareas difíciles y absorbentes a la vez.

Nada de esto sucedería con los dos cerebros. Siempre que se dote a nuestro organismo, como tienen los ordenadores, de la función multitarea. Aunque admito que, quizá, sería también adecuado el poseer más extremidades superiores que dos, porque con dos manos tal vez no daríamos abasto. Me sospecho, no obstante, que bastaría con que cada una de nuestras manos poseyera suficiente autonomía como para responder en exclusiva al cerebro que lo solicitase en cada ocasión.

Habrá quien me diga, y tendrá razón, que los seres humanos ya tenemos dos cerebros. Aunque los llamemos hemisferios, cada medio cerebro posee una cierta autonomía y capacidades propias, que se manifiestan claramente cuando, por accidente, enfermedad o experimento se logra separar funcionalmente las dos mitades, bloqueando la comunicación por el cuerpo calloso. Pero me temo que,

aun autónomas, las dos mitades son incompletas y no están capacitadas para las labores a las que aquí me refiero.

¿Quién sabe? Soñar no cuesta. Tal vez en el futuro, algún genetista o embriólogo avisado y con técnicas adecuadas pueda desarrollar estos dos cerebros, o más, independientes, que nos permitan realizar varias tareas a la vez sin tenernos que resignar a dedicar nuestro tiempo en exclusiva a las tareas más monótonas, aburridas o rutinarias, como son las del trabajo, las obligaciones, compromisos sociales o simples quehaceres domésticos. Si así sucediera, muchos pensarían que nuestros científicos nos acercan al mito de Frankenstein, el nuevo Prometeo. En todo caso, yo sigo pensando que, si alguien se tomó la molestia de diseñarnos, lo hizo en plan ahorrativo y chapuzas, así que no debería ser tan indeseado cualquier cambio que mejore nuestra maquinaria, que ahora se dice hardware, tan deficitaria la pobre.

Juan Luis Monedero Rodrigo

TONTO AMOR

¿Dónde están tus palabras de amor?
Dime al menos en dónde han quedado.
Me dijiste "te quiero" una vez
y ahora escucho de ti "no te amo".
Lo que ocurra con mi corazón
a ti entiendo te trae sin cuidado.
Yo fui un tonto alevoso de amor
y he quedado bastante escamado.
Si algún día me vuelvo a encontrar
perdido y por ti fascinado,
mejor visitaré un buen doctor
que me cure del mal retomado.
¿Dónde están tus palabras de amor?
¿Qué fue de aquel bello "te amo"?
El amor nunca atiende a razón,
no me quejo siquiera del cambio,

me lamento de mi condición
de perfecto y estulto payaso.
Antón Martín Pirulero

AMANSANDO FIERAS

El anciano sube al vagón sin ayuda. El andén estaba, por desgracia, vacío. Aunque no tiene muy claro de que, en el caso de haber habido alguien más que él junto a la puerta, se hubiera dignado echarle una mano.

Va al médico. Cojo. Medio cojo, por hablar con más precisión.

-Ha tenido usted suerte –le dijo el galeno en su última visita, cuando le puso la escayola en la pierna derecha-. Sólo es un esguince de rodilla.

¿Sólo? Como se notaba que a aquel jovencito de treinta y tantos aún no le dolían los huesos. Es verdad que sintió alivio ante el diagnóstico. Cuando la rodilla chascó tuvo mucho miedo. A su edad, una fractura espanta, una caída, romperse la cadera, fracturarse la crisma, son algunas de las pesadillas comunes entre las personas medio activas de la llamada tercera edad. Él sabía que estaba viejo y menos ágil de lo que pretendía. Pero no esperaba acabar, a sus años, con una escayola inmovilizándolo. Si uno vive solo, como es su caso, eso se convierte en un serio problema. Bueno, más que vivir solo, el viejo está solo, sin nadie a su lado por quien sentirse acompañado desde que se le murió la parienta. Los chicos, siempre lejos, no cuentan.

Pero él aún se vale por sí mismo. O eso quiere creer. Antes, con setenta y ocho años, un hombre era un auténtico carcamal. Pero ahora las cosas son distintas. Uno no es tan viejo, ¿verdad? Bueno, sus huesos no están muy de acuerdo. Menos aún la rodilla, que gime y se queja cada vez que apoya levemente el talón mientras trata de subir. Con una mano sujeta la muleta, que le estorba más que le ayuda, con la otra se agarra a la barra del tren. El brazo le tiembla con el esfuerzo. Y quiere subir de un salto, a la pata coja, pero se desequilibra y tiene que apoyar el pie malo. Es un instante, es suavemente, pero la rodilla lanza un claro mensaje de dolor y el viejo tiene que ahogar un grito. En

fin, que podía haberlo soltado sin más. Total en el vagón sólo hay un inmigrante dormido. Debe de salir de trabajar, el pobre hombre.

El viejo se apura para buscar acomodo a su trasero y su pierna antes de que el tren cierre las puertas y arranque. Como va sin gente, se coloca entre cuatro asientos vacíos, se sienta hacia delante y apoya, con cuidado, la pierna mala en el suelo, en mitad del pasillo. Tentaciones le han dado de hacer como esa gente maleducada que planta sus pies en el asiento de delante. Pero lo que está mal está mal, aunque a uno le duela la pierna. Se dice que tampoco así iría bien, pero, en todo caso, puede más el prejuicio. Hay que ser guarro para plantar la zapatilla o las botas, llenas de mugre, quizá de chicles y mierda de perro, en el asiento de delante, para que luego venga otro y se siente encima.

Ya está cómodo. Sujeta la muleta a su lado, haciendo de barrera entre el pasillo y la escayola. Suspira y se dedica a relajarse, tratando de recuperar el resuello. Con el traqueteo empieza a sentirse amodorrado. Es difícil evitarlo, pero debe resistir el sueño. Es verdad que le queda casi media hora de trayecto hasta el hospital pero, como se duerma, seguro que se pasa de parada. ¡Ay, no, que la suya es la última! Bueno pero, de todos modos, va a intentar mantenerse despierto, que no le gusta dar la imagen del viejales que no puede ni con su alma.

Primera parada y se sube más gente. Dos señoras de eso que ahora llaman mediana edad. A él le parecen jóvenes. A cincuenta no llega ninguna. También una chiquilla de la edad de su nieta la menor, más o menos. Y un trío de chavales con sus teléfonos móviles en la mano y haciéndolos sonar a lo bestia. Mira que son gamberros. Ahora sí que no podría dormir ni aunque quisiera.

Será prejuicio, pero sólo ver las pintas que llevan ya le causan cierta desazón. Con sus gorras de visera, sus pantalones que se les caen, como si no llevaran cinto, con las camisetas seis tallas grandes. Y las zapatillas deportivas, de ésas que, según sus nietos, cuestan un dineral y luego las llevan siempre llenas de mugre, como si no mereciera la pena limpiarlas o cuidarlas.

Y la música. O eso que llaman música. Porque serlo, ése es otro cantar. ¡Qué horror! Entre ritmos y voces sin entonación, repetitivas,

casi cacofónicas, el viejo se siente transportado a sus remotos tiempos infantiles cuando veía aquellas viejas películas en blanco y negro de Tarzán, con sus negros salvajes en pañal aporreando los tambores y gritando como locos. Y no es que él tenga nada contra los negros, ni contra los salvajes, que son cosa distinta, pero sí contra los nuevos salvajes, los niñatos maleducados que hacen lo que les viene en gana y molestan al personal.

Porque claro, los chavales que se han subido, que parecen del país, son unos salvajes. Desarrapados, ruidosos, simiescos. Y con sus móviles a tope, haciendo sonar sus raps o como se llamen, en plan generoso, para que todos los pasajeros puedan disfrutar de su música. Y, ya de paso, gritan como energúmenos para poderse entender y que los viajeros puedan enterarse de su conversación. Bueno, intento de conversación, porque entre tacos y risotadas apenas deslizan una frase, y con un vocabulario menos complejo que el de un niño de tres años. Sólo falta que pongan los pies en alto, para manchar los asientos y compartir, generosos, el tufo de sus pies con la parroquia allí presente.

El viejo está indignado. Y no piensa que él sea un carca, ni un racista. Ni de ésos que siempre piensan que los jóvenes están locos. Pero sí de los que piensan que la educación y las buenas maneras no son una cuestión de edad. Los mira de lejos, con cara de pocos amigos. Pero los chavalotes ni se dan cuenta. Es más, el viejo está seguro, por otras ocasiones, de que la pandilla se mofaría en su cara si se atreviera a reconvenirlos. ¡Menudo respeto a las canas!

Y el caso es que son unos bobalicones, de ésos que les gusta fardar y hacerse notar, aunque sea por lo negativo. Y unos imbéciles similares a los que ha conocido en todas las épocas de su vida. Sin ir más lejos, ahí con su móvil a todo trapo, le recuerdan a los niñatos y macarras de veinte o treinta años atrás. La verdad es que las fechas ya no las recuerda como antes aunque, eso sí, le vienen a la memoria detalles de su vida, incluso bien remotos, que no creía conservar en ella. Pero ahora se acuerda de los imbéciles melenudos de los setenta y los ochenta. De ésos con chupas de cuero, hierros, pantalones pitillo y gafas de sol en cualquier circunstancia. Todavía, como un eco de aquel tiempo, veía por la calle a algún chaval copiando la pinta. Según

su nieto, el mediano, son los rockers, o los heavys, ¿o son los punkies? Bueno, no está muy seguro. Su control sobre las tribus urbanas, que parecen cosa de la cultura del momento, no va más allá de saber repetir unos nombres y reconocer el aspecto cuando su nieto se lo comenta. Pero se acuerda del asunto en sí. En aquel tiempo también había jóvenes ruidosos y molestos. Mequetrefes que se ponían a fumar, sus cigarrillos o sus porros, y te echaban el humo en la cara, como esperando que les dijeras algo para saltarte a la cara. Bandarras que iban con un enorme radiocasette al hombro, el "loro" lo llamaban. Y se ponían a atronar a cualquiera, a todo el mundo, con su música ratonera. Vamos, que a la obra o a la mili podían haber ido con esos bríos, cargando con otra cosa menos fastidiosa que su música. Y el caso es que, cosas de la inferior tecnología, en aquel tiempo eran, al menos en un punto bien simple, menos imbéciles que sus sucesores en el dudoso honor de la función de lerdo notorio. Cuando menos, aquellos macarrillas tenían claro que, cuanto más grande el aparato, cuanto más separados sus altavoces, mejor se oía la música. Él mismo sería un viejales, pero reconocía que no había punto de comparación entre los tocadiscos de los guateques, con sus discos de setenta y ocho revoluciones y los equipos estéreos más modernos. Y, sin embargo, estos niñatos de hoy, que se supone que tanto saben de tecnología, de informáticas y de zarandajas varias, no tienen luces suficientes para comprender que, de un chisme tan canijo, sin separación en los altavoces, no puede salir un sonido muy allá y, desde luego, no va a notarse demasiado el sonido estereofónico. Hombre, si se pusieran los casquitos, los taponcitos esos tan salados, sí que lo oirían mejor y no molestarían a los vecinos de vagón. Pero no, se ve que el molestar va con la modernidad. Él mismo que, en cuanto a escuchar la radio se quedó con el garbanzo en la oreja, para oír el Carrusel Deportivo mientras caminaba los domingos por el parque, con su esposa, para no molestarla y enterarse de los resultados, había comprobado que los cascos funcionaban y era increíble, al escuchar las zarzuelas, cómo se distinguía el sonido que iba y venía de un lado a otro. Aunque mejor oírlo por los altavoces en condiciones, y a un volumen razonable. Para eso se compra la gente buenos equipos en estéreo. Porque ésa es otra. Los pazguatos de ahí tampoco saben que subir el volumen a lo bestia

sólo sirve para tres fines: molestar más a la gente, quedarse sordos y distorsionar el sonido para que aún se escuche peor, aunque parezca imposible con esa música.

En fin, aparte de indignarse, poco hay que el vejete pueda hacer. Desde luego no va a llamarles la atención ni a levantarse para protestar. Bastante tuvo con aquella ocasión en que los niñatos se le encararon y a punto estuvieron de zurrarle, que agitarle por los hombros sí lo agitaron.

-Tú tranquilo –se dijo el pobre hombre, armándose de paciencia y con un desagradable punto de resignación.

Los niñatos a lo suyo. Una de las mujeres del tren, que iba sentada cerca de donde se encontraban, ya se ha levantado, con cara de pocos amigos, y se encamina hacia el otro extremo del vagón. Otra se ha colocado unos casquitos y, con ellos puestos, vuelve al libro con el que se iba entreteniendo.

El tren se detiene. Las puertas se abren y sube más gente. Ni en ese momento se callan los pesados del rap.

-Mirar esa pava –grita uno de los tontainas, uno con una gorra tres tallas más grande que su cabeza, ladeada y encajada sobre un pañuelo de colores.

Otro, con los dedos llenos de anillos de bisutería, se pone a bailar con la "música" y hace gestos obscenos, con vaivén de caderas incluido, hacia la pobre muchacha que, aunque pensaba subir al vagón, echa a correr unos pasos y se mete en el siguiente. A ver si tiene suerte la muchacha y no hay otros gamberros.

Los que sí se han subido al tren han sido unos chavales con aspecto sudamericano pero, en todo lo demás, indumentaria, chatarra colgando y ademanes, bien parecidos a los que ya estaban. A éstos no les han amedrentado los otros. Y, bueno, resulta que hay una diferencia más, los sudamericanos llevan su propio móvil con su propia "música". Son ritmos caribeños, pero apenas reconocibles, porque también están deformados al estilo rap o hip-hop o como leches se llame aquello.

Se ponen en el otro extremo del vagón, evitando pasar junto a la primera cuadrilla. Ahora no queda un solo espacio tranquilo en el vagón. La suma de los horribles sonidos de móvil, con superposición de

voces y ritmos, resulta realmente insufrible. Para remate, los chavales de una y otra pandilla empiezan a subir el volumen de sus móviles, tratando de sobreponer su música a la ajena. A la vez, se increpan y se hacen gestos de desafío. La guerra de los móviles acaba de empezar.

Las jovencitas que subieron dos paradas atrás desfilan, discretamente, hacia la puerta que comunica con el vagón anterior. Sin duda les molesta el ruido e intuyen que allí puede organizarse una trifulca en cualquier momento. Varios pasajeros más siguen su ejemplo. Ojalá tengan suerte y los otros vagones sean más tranquilos. Y a ver si no hay nadie fumando entre los vagones.

La gente no regresa, luego es de suponer que al lado todo está más tranquilo. Aunque, un momento, la puerta de comunicación se abre. Un par de chavales, vestidos de negro, con melena y con camisetas estampadas con calaveras y monstruos, se asoman. Éstos también llevan su móvil sonando a lo bestia. Por un momento, el ruido es aún peor, pero los dos nuevos, algo más sensatos que los demás, hablan en voz baja y se vuelven por donde han venido. Los de las otras cuadrillas no parecen haberse dado cuenta. Siguen gritándose y haciendo sonar sus móviles. En el vagón, aparte de ellos, ya sólo quedan la mujer de los auriculares y el libro, absorta en su mundo, y el viejecillo que, si pudiera, saldría inmediatamente de allí. Pero está medio cojo, es muy mayor y necesita llegar al hospital, luego no tiene intención de bajarse o cambiar de vagón, así se hunda el mundo.

El tren sale del túnel y va frenando conforme atraviesa el andén de la siguiente parada. Los macarras siguen a lo suyo. Ya no pueden dar más volumen a su música, así que se dedican a elevar el tono de sus increpaciones, insultándose ya a gritos los unos a los otros.

¡Y dicen que la música amansa a las fieras!

Tal vez la música sí, pero no lo que allí sonaba.

-¡Te voy a rajar, pendejo!

-Sudaca de mierda!

-Te voy a cortar los huevos, si es que tienes.

Con tales lindezas, pasar de la palabra a las manos es una cuestión de tiempo, muy poco tiempo.

Entretanto, el tren se detiene. Al vagón sube otra pandilla, ésta de moritos, algo mejor vestidos que los que han iniciado la

trifulca. Por su gusto, o para su desgracia, han subido al mismo vagón con su propia música a tope. Tal vez es un gesto de desafío. Cuya respuesta no se hace esperar. Los móviles continúan su atronadora competición, pero varios de los rivales han empezado a acariciarse. La mujer de los cascos, que por fin se ha dado por aludida, se levanta y se va directa hacia otro vagón. Los moritos se ríen, desde el otro lado, pero los de las primeras pandillas parecen alcanzar un extraño acuerdo y se lanzan contra ellos, dispuestos a silenciar la música norteafricana. No todos, algunos de entre ellos están tan enzarzados en su propia pelea que siguen administrándose mamporros insensibles a la nueva distracción.

El viejo está realmente asustado. Aquel gallinero se ha convertido en lugar de pelea, con gallos que no sólo vociferan. De un momento a otro, va a haber sangre. Quién sabe si no empezaran a aflorar las navajas o alguna otra arma. Por menos de nada, se escapa algún puñetazo de más y se lo lleva él. Pero no puede levantarse, con su muleta, y largarse. Mejor encogerse, soportar el chaparrón lo mejor posible. Al menos, los gamberros están tan ocupados entre ellos que a él no le prestan ninguna atención. Lo malo es que son muchos y él está relativamente cerca.

Reflejos de metal brillan en algunas manos, otras lucen sangre sobre nudillos pelados y ya hay varios ojos amoratados y pómulos sangrantes.

-¡Dios mío! –murmura el viejo, acongojado, intentando encogerse en su sitio.

Las "músicas", cómo no, siguen sonando, con su volumen exagerado y sus ritmos febriles acoplados.

Para remate, se abre de nuevo la puerta de separación entre los vagones. Por un momento, el viejo ha pensado que serían los de seguridad. Luego ha temido que se tratara de algún inocente desinformado que fuera a llevarse los sopapos. Pero no, la aparición es premeditada. Otra cuadrilla de muchachos, móviles en mano y haciendo sonar a todo volumen una canción con ritmos vagamente familiares, como de flamenqueo desbocado, han entrado dispuestos a participar en la trifulca. Algunos símbolos fascistas: cruces gamadas y célticas sobre todo. Le indican al viejo que son ultras, dispuestos a defender

de la "escoria" extranjera, a los españolitos que pelean contra ellos. Quizá otro día se pelearían con los raperos, pero hoy no. Hoy les ayudan. Sacan puños americanos y un par de bates de béisbol. Uno parece de metal.

Se va a liar la de Dios es Cristo. El viejo, ante tan católico pensamiento, se persigna. La mandíbula le tiembla como loca. Por suerte, a ningún cenutrio se le ha ocurrido tirar de freno de emergencia y parar el tren en mitad del túnel. Que llegue pronto a la próxima estación y alguien haga algo. Si el tren tarda mucho, si se para en mitad del túnel, va a ocurrir una desgracia sin remedio.

Los gritos e imprecaciones se suceden. Pese a las armas esgrimidas, lo que más menudean son los agarrones y puñetazos.

-¡Por Dios, que no se maten! –reza de algún modo y en silencio nuestro viejecito, con lágrimas en sus ojos habitualmente secos.

La música sigue sonando a todo trapo: cuatro ¿melodías? Chirriantes y mezcladas, como si fuera una orquesta demoníaca.

¡Luz, por fin luz!

El tren llega a la parada. Ya era hora, aunque era de esperar. El incidente ha sucedido justo en el túnel más largo. La gente de fuera, del andén, parece mirar con curiosidad, expectante. Algo deben saber. Un grupo de guardias de seguridad, algunos con perros, otros con pistola y todos con cachiporra, esperan en el andén. También hay una pareja de policías nacionales.

¡Dios bendito! ¡Que todo acabe ya!

Alguien ha debido de avisar al conductor, y este a los de seguridad. O, si había cobertura, tal vez un viajero ha llamado a la policía.

Los contendientes, sin embargo, continúan con su trifulca, ajenos a lo que sucede alrededor. Los seguratas y los polis vienen a la carrera hacia el vagón, una vez localizado. Las puertas no se han abierto todavía. Ahora, desde fuera, un vigilante abre con la palanca de emergencia.

-¡A ver qué pasa aquí! –grita el primero que ha subido al vagón.

Ahora los gamberros se dan cuenta, por primera vez, de lo sucedido. Algunos se detienen; otros aprovechan para propinar un par de golpes traicioneros.

-¡Quietos u os crujo! –grita otro guardia, de aspecto aún más fiero que el primero y sacando la pistola de su cinturón.

Suben los demás guardias y se acercan a los jóvenes, porra en ristre, dispuestos a separarlos. Las increpaciones y, sobre todo, la acción de los seguratas han dado, por fin, resultado. Al vejete no le cabe duda de que, de todo el vagón, él es el más asustado.

Los policías nacionales suben los últimos. Son los más tranquilos de la cuadrilla. Como si fueran los líderes del grupo, o su uniforme les otorgase una cierta nobleza, dejan actuar a los de la seguridad privada, cuyo aspecto es el de matones uniformados. Los mozos, poco a poco, se van tranquilizando. Ahora los seguratas los sacan del vagón a empujones. A unos cuantos de ellos, no necesariamente los cabecillas, pero sí los más farrucos o los que más tardaban en obedecer, hasta les colocan las esposas, después de ablandarles, un tanto, las espaldas o las costillas con sus varas de acero. Los desarman, recogen toda la quincallería. También los móviles, cuerpos del delito, y los hacen callar, ¡por fin! Poco a poco los hacen desfilar y se los llevan.

El viejo suspira, más tranquilo. Después de veinte minutos horribles, que parecerían horas si no las contradijera el reloj, el silencio y la calma han vuelto al vagón.

A él nadie le pregunta nada. No es necesario. Los seguratas descienden del tren. Todos menos uno. Tal vez haya otros en alguno de los demás vagones. Ahora empiezan a subir los curiosos del andén. Algunos siguen con la mirada la marcha de los detenidos. El tren aún tardará unos minutos en arrancar.

El viejo piensa que su corazón debe funcionar bien. En otro caso le habría dado un patatús. A ver si ya todo queda tranquilo. Y que el puñetero tren salga de una vez. Ya sólo falta que llegue tarde al médico. Ahí va: unos pitidos, cierre de puertas y el tren abandona la estación.

Faltan sólo dos paradas más. El viejo va recuperando el ánimo. No quiere pensar demasiado en lo sucedido. A su alrededor, la gente parlotea, chismorreando acerca del incidente. Al viejo, y no sólo por su dureza de oído, aquello apenas le molesta. En comparación con lo anterior, el vagón le parece en casi completo silencio.

No hay más problemas. Con el traqueteo, el viejo vuelve a sentirse amodorrado. Hasta que el tren llega a su última parada, la suya, la del hospital. Con trabajo, incluso con la ayuda de una mujer que se ofrece para sujetarlo, le cuesta bajar del tren.

Ahora le toca caminar unos minutos, con muleta y todo. Y tal vez el médico le haga daño. Pero, ocurra lo que ocurra, ni la consulta, ni la cura, ni el viaje de vuelta pueden ser tan espantosos como el trayecto que ha padecido a la ida.

Que la música amansa a las fieras. ¡Ja!

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA IMPORTANCIA DE UN TORTAZO

Los idiomas humanos constan de miles de palabras, necesarias para hacernos comprender. Bien es cierto que, con unos pocos cientos y un lenguaje un poco tarzanesco, uno puede bandearse medianamente en muchas lenguas. Incluso, en ocasiones, los naturales de un país o región, amparados quizá en el uso de su propia jerga, o en la excusa de una limitada cultura, pues a nadie le gusta reconocer que es medio idiota, también usan un lenguaje sumamente limitado.

Pero las lenguas crecen, evolucionan, se enriquecen. Se hacen frecuentes los términos semejantes, para otorgar matices, o incluso aparecen los sinónimos que nos permiten nombrar con diferentes términos la misma realidad.

En este sentido, resulta curioso que ciertos verbos, nombres y adjetivos cuenten con un número elevado de sinónimos mientras que otros apenas los posean.

Tendrá que ver esta asimétrica riqueza del lenguaje con el uso que de él hacemos. En cierto sentido, debe de ser un reflejo de la realidad, dando más importancia, más peso en palabras, a aquellas ideas que nos parecen de más calado.

Pues si el lenguaje suele ser un reflejo de la realidad, en castellano llama la atención, en este sentido, la cantidad de términos existentes para referirse a un sopapo mientras que para una caricia apenas hay sinónimos.

La idea del tortazo como remedio educativo o solución para las disputas debe de estar muy arraigada en nuestro acervo cultural. Está claro que nuestra superior inteligencia racial ha debido de anteponer desde muy antiguo la violencia al intercambio verbal. Uno puede darle al vecino una bofetada, un tortazo, una galleta, una castaña, una yoya, un sopapo, una cachetada, una leche, un guantazo, una chuleta, un cate, un manotazo, un mojicón, un revés, un soplamocos y vete a saber cuantas cosas más, y el receptor de los mismos no notará excesiva diferencia entre unos y otros porque son, básicamente, lo mismo. Y, si se los dan en sucesión, podrá percibir una tunda, somanta o zurra, una auténtica paliza, que le hará el mismo daño sean cuales sean los componentes.

Sin embargo, se ve que los de nuestra lengua no somos tan aficionados a la afectuosidad porque si, lejos de la violencia y la agresividad, nos proponemos rozar suavemente la piel de otra persona, con ánimo de transmitirle nuestro cariño y proporcionarle consuelo, nos limitaremos a acariciarla, sin que existan más términos propicios para tal menester, todo lo más aproximaciones como hacerle unas carantoñas, unos mimos o arrumacos que, en general, no son, ni mucho menos, lo mismo.

Vamos que, en asuntos de tocarnos, se ve bien a las claras cuál ha sido nuestra preferencia durante generaciones.

Quizá tampoco deberíamos esperar mucho más de nuestra querida lengua en la que contamos con más términos con que referirnos a ese grato animal del que sacamos el jamón y otras viandas que para nombrar a los miembros de nuestra propia especie.

Juan Luis Monedero Rodrigo

AQUEL MÁGICO VERANO

Aún recuerdo su gesto de sorpresa cuando el día de nuestra despedida se acercó a mí dispuesta a decirme adiós, y yo- por aquel entonces un joven aprendiz de poeta más bohemio que literato- cruzado de brazos sobre el maletero de mi coche rechacé el roce de sus labios sobre mis mejillas.

Han pasado muchos años desde aquel día. Muchos años y

muchas historias se han ido acumulando sobre mis hombros de la misma forma que la nieve cuaja lentamente sobre las copas de los abetos. Muchas historias decía, porque como es de suponer en los más de cincuenta años que han transcurrido desde aquel verano, no han sido pocas las peripecias en las que unas veces mi afán aventurero y otras muchas mi carácter de bocazas me han llenado de recuerdos con los que aburrir a mis nietos y sus amigos por varias generaciones.

Al principio pensaba que era lo habitual, que con los años nos vamos haciendo más cascarrabias, más sabios, más callados y lo que en nuestra juventud vivimos como algo excitante, inolvidable e irrepetible, inevitablemente se transforma en poco más que meras anécdotas que de cuando en cuando nos hacen sonreír o inundan nuestros ojos de lágrimas aceradas y amargas de lo que fue y dejó de existir. Eso creía yo, ingenuo de mí, hasta que un domingo en los que la mayor de mis tres hijas, Isabel, se dignó a visitarme y el menor de mis nietos, Víctor, sentado sobre mis rodillas, cansado de jugar a uno de esos demoníacos videojuegos con los que la juventud de hoy en día se divierte, y mientras la mayor de sus hermanas, María, mantenía una acalorada conversación telefónica con su novio, clavó en mí sus ojos negros y redondos y sin andarse por las ramas me invitó a contarle una historia. Aquella ocurrencia retumbó en mi cabeza cana como voces apagadas en un almacén desierto. Nunca me ha gustado hablar de mí y mucho menos de mis actos, mas aquellas palabras en boca de un niño de ocho años me obligaron a romper ese muro invisible que siempre ha estado ahí, y que en cierto modo me hacía guardar las apariencias frente a los demás.

Tras mucho pensarlo, acabé por ceder y contarle algo tan banal y estúpido como fue el día en que con veinticuatro años y cansado de todo, me encerré en mi habitación y tras respirar hondo, encender un pitillo y meditarlo lentamente, me lancé a la aventura de arrancar palabras a golpe de ingenio y perseverancia a algo tan cruel como es un folio en blanco.

Los ojos negros del pequeño no se apartaron de mi cara ni un instante. Cada vez que me detenía en mi narración- unas veces para hacer memoria, y otras para comprobar que mi público no había sucumbido ante el aburrimiento y, en tanto que yo seguía hurgando en

mi pasado, viajaba entre los brazos de Morfeo- en su cara aparecía el ansia de querer saber más, de descubrir en mis palabras aquello que hace años escribí y que los años se han encargado en convertir en poco más que ajados papeles descoloridos cubiertos de polvo en mi estantería.

A aquella visita le siguieron otras, y casi sin darme cuenta descubrí que a medida que avanzaba en la terapia que para mí suponía el mirar atrás y reencontrarme con fantasmas del pasado, batallas libradas y olvidadas cuyas heridas creí cicatrizadas hacía lustros, en mi interior comenzaba a crecer una extraña desazón, al mismo tiempo en que pasaba de contar mi vida a mi nieto, para narrársela a él y a varios compañeros suyos de clase. Por un momento me sentí una especie de trovador medieval, trasnochado y perdido en pleno siglo veintiuno, pero cada vez que veía en sus rostros la alegría, la lástima, el rencor y el amor que yo experimenté en su momento, me olvidaba por completo de mi complejo de abuelo cebolleta y compartía con ellos esas sensaciones.

Afortunadamente, a medida que las peripecias de mi vida se acercaban hacia este capítulo que me dispongo a narrar, el cretino de mi yerno fue trasladado a otra ciudad, y junto a él partieron mi hija y mis nietos, ya que de lo contrario, el pequeño Víctor habría descubierto que yo, su abuelo, ese superhombre que cada tarde de domingo le contaba historias y aventuras de mi adolescencia, no es más que un viejo cascarrabias que muchos años atrás también tuvo sueños, deseos y amó a otras mujeres distintas a su abuela, santa mujer a la que nunca conoció.

Las estaciones se sucedían al otro lado del ventanal del porche, al mismo tiempo que mis vivencias iban avanzando inevitablemente hasta aquel verano. Un verano en el que cansado de la mezquindad de la ciudad volví al pueblo en el que año tras año pasaba los calurosos días estivales al abrigo de la sierra, y las alocadas noches típicas de la edad rodeado de orquestas, farolillos de colores y alcohol en las ferias de los pueblos vecinos. Desde un principio aquel verano tenía tintes que le diferenciaban de los anteriores. En primer lugar, era mi primer mes de agosto como licenciado en Historia, algo que como es de suponer me libraba de tener que emigrar cada tarde a

mi casa a ver pasar las horas entre libros, apuntes, mapas y folios repletos de esquemas y colorines. Por otro lado, hacía escasos meses en los que mis andanzas literarias habían dado sus primeros coletazos -e ingenuo de mí soñaba con ganarme la vida escribiendo, con compartir escaparates con autores reconocidos mundialmente y con pasar a la posteridad como uno de los más grandes autores de mi generación- y como también es de suponer, por aquel entonces me dedicaba a abochornar a mis compañeros de fatigas con mis logros y expectativas literarias, así como también solía desaparecer con cierta frecuencia a mi casa, para una vez allí servirme una generosa taza de café, empuñar un bolígrafo y mientras que en los altavoces del equipo de música *Paco Ibáñez* cantaba aquello de *La Poesía es un arma cargada de futuro*, un servidor llenaba de versos folios y folios, a cambio de que los destinatarios (y las destinatarias) de mis quehaceres líricos me obsequiasen con poco más que un cigarrillo, una tónica o como solía suceder en la mayoría de los casos, un simple y mero abrazo acompañado, eso sí, de bonitas palabras que hacían desbordar en mí la ya de por sí alta vanidad que por aquel entonces gastaba.

En esas estaba yo, durmiéndome en los laureles para variar, un sábado por la tarde mientras descansaba del agobiante sol de media tarde en un bar, acompañado de mi cuñado y uno de los amigos más fieles y leales que he podido echarme a la cara -un tipo de esos que si bien les puedes hacer pasar las de *Caín*, sabes de sobra que siempre va a estar ahí cuando se le necesita- cuando ante mis brillantes y miopes ojos la vi por primera vez en mi vida. Ya me habían hablado de la *nueva* como solía denominarse a los forasteros en el pueblo, pero nunca me habían hecho una descripción fiable. Unos, la mayoría de ellos hombres, me hablaban de un ángel caído del cielo, una mujer alta, delgada, de gestos amables y parca en palabras, que acompañaba sus habituales silencios de una extraña atmósfera en la que había algo que invitaba a retirarse a los menos osados. Otras, esta vez eran las mujeres quienes tomaban el papel del narrador, me hablaban de una mujer patilarga, de carácter difícil, de rasgos afilados y cuerpo delgado y recto que guardaba cierta similitud con el palo de una escoba.

Nunca he sido amigo de hacer caso a habladurías, cotilleos y chismes -más que nada porque el *Indiana Jones* que fui en mi adolescencia solía ser el blanco de muchos de ellos, y con el tiempo aprendí en mis propias carnes, que los corrillos de ancianas aburridas de dar de comer a las palomas en el parque que optaban por dar rienda suelta a la lengua, solían estar más cargados de maldad que de datos y hechos demostrables-. El caso es que la primera vez que la vi, enmudecí. El cigarro apagado que sostenía en los labios vaciló con caer sobre la jarra de cerveza que tenía en la mano y de mi boca salía un *hola* apenas audible. Ella se detuvo, clavó en nosotros tres sus ojos redondos, negros y expresivos, encogió los hombros y respondiendo a mi saludo prosiguió con su caminar. En ese momento noté algo en mi interior que latía con mayor velocidad de lo habitual y, mientras veía desaparecer la coleta de cola de caballo que lucía, una mano en mi hombro me zarandeaba haciéndome volver a la realidad.

Esos ojos, esa mirada seguían anclados en mi retina, y cada vez que trataba de concentrarme en algo, salían a mi encuentro haciendo crecer en mí la necesidad de saber algo más acerca de esa mujer que me había hecho enmudecer, cuando lo habitual en mí siempre ha sido que mis palabras se transformasen en verborrea cada vez que el pulso se me aceleraba. La información de la que dispuse durante días fue escasa. Sabía su nombre, Irene, sabía su estado civil, tenía novio, con el que llevaba más de cinco años manteniendo una relación rota y recompuesta varias veces -algo que con las dotes de poeta y galán con las que creía estar dotado en aquella época me animaba a acercarme a ella y hacerla ver que yo era el hombre de su vida-. Igualmente supe que vivía en un pueblo no muy lejano, que venía al mío por razones de trabajo, y que su edad rondaba entre los diecinueve y los veintidós, dependiendo esto último de la fuente consultada.

Como era de esperar, aquella vez en la que nuestras miradas se cruzaron a las puertas del único bar abierto en varios kilómetros a la redonda, se sucedieron. Al principio eran miradas furtivas por ambas partes. La clásica ojeada rápida que echas a una persona, y que en cuanto esa persona se percata de que está siendo observada y te mira, tu posas estúpidamente tus ojos en lo primero que encuentras, y

que en la mayoría de los casos suele ser algo que dista escasos centímetros de la cabeza de quien en ese momento te mira. Poco a poco nuestros ojos perdieron la vergüenza y la rapidez con la que se apartaban, tanto que en más de una ocasión nos sostuvimos la mirada durante minutos. Unos minutos eternos, durante los cuales para mí el tiempo se detenía, la tierra perdía velocidad hasta detenerse por completo y todo a mi alrededor carecía de importancia.

Por fin, y tras haber sido espoleado por los amigos de la zona, decidí acercarme a ella con el propósito de entablar una conversación y ver cómo reaccionaba. La primera intentona no salió como estaba previsto. Ella me pidió un cigarrillo, y yo haciendo gala de ese humor ácido y exquisito que siempre me ha acompañado -y gracias al cual me han cruzado la cara en más de una ocasión- respondí que no pagaba vicios ajenos.

Ese mismo día descubrí para desconcierto de mi ser, que únicamente la podría ver viernes, sábados y domingos, así que armándome de valor -y reprimiendo mis accesos de humorista- el siguiente sábado que volví a verla, traté de entablar conversación una vez más. Pero para sorpresa mía, aparentemente mi metedura de pata de la última vez había caído en saco roto puesto que fue ella quien se acercó a mí. ¿De qué van los libros que según dicen por ahí has escrito? Me preguntó así sin más, una vez que me hube sentado junto a ella en un banco de piedra con más años que el propio pueblo. Sorprendido enarqué las cejas, tragué saliva y antes de que pudiera responder, comprobé para mi estupor que sus ojos, esos ojos redondos, negros y expresivos que me habían hecho enmudecer la primera vez que nuestras miradas se cruzaron, no se apartaban de mí. Bueno, mis libros son de distintos temas, logré responder al fin, algunos tratan de la guerra, otros son de poemas y tengo uno a medias que si te digo la verdad no sé de que va, cada vez que intento leerlo me duermo del aburrimiento. Ella sonrió. Vamos por el buen camino, pensé al mismo tiempo que sin pararse a pensar dos veces, me preguntó si podría dejarle alguno para leer. En ese instante me habría gustado desaparecer, ¿cómo le iba a dejar leer alguno de mis libros que no eran más que meros borradores?, ¿cuál dejarle? Atorado, cerré los ojos y tratando de ganar tiempo mientras buscaba la

respuesta adecuada, encendí un cigarrillo ofreciéndole a continuación uno a ella. Creí que no pagas vicios ajenos, ironizó sacando un curioso mechero dorado del bolso. Esta vez sí que te has lucido muchacho dije para mis adentros tratando de salir del callejón sin salida al que mi nula vocación de seductor me conducía a una velocidad no apta para cardiacos. Y fue así, recordando un curioso refrán soviético que aprendí de la mano de William T. Vollman en su célebre *Europa Central*, según el cual los problemas se solucionan dando un paso al frente, como cometí el segundo error del verano -el primero fue enamorarme como un choto que diría Arturo Pérez-Reverte en el *Maestro de Esgrima*, aunque eso lo descubrí más tarde-, cuando tras expulsar el aire de mis pulmones me puse en pie y extendiendo los brazos a mi alrededor, le dije que no le iba a dejar ninguno de mis libros, que le iba a regalar uno de ellos. Ella me miró sorprendida, esbozó una sonrisa de satisfacción y respondió simplemente gracias. Ese gracias resonó en mis tímpanos como una melodía, en tanto que aprovechando que miraba distraída en otra dirección yo dispuse de unos instantes en los que bajar la guardia -siempre me he caracterizado por ser un tipo frío en lo que a expresar sentimientos se refiere- y de permitirme el gusto de mirar detenidamente sus facciones. Unas facciones que me dejaron aturdido, por sí solas no decían nada, pero que unidas todas en su conjunto daban lugar a una mujer de una belleza exuberante. Sus ojos negros, se encontraban enmarcados en un rostro delicado, sobre unos pómulos ligeramente afilados. Su nariz era pequeña, fina y delicada -empleando en este caso como referente la mía, que si de por sí era prominente, un puñetazo en una reyerta a la salida de un tugurio en mi feliz adolescencia, se había encargado de achatar forzosamente- y sus labios resultaban sensuales, carnosos y frescos como fruta madura en primavera. Lamentablemente, la exploración desde mi privilegiada posición se vio interrumpida sin previo aviso, cuando ella se giró bruscamente hacia mí y disculpándose se despidió de mí argumentando que tenía que volver a su casa y que se le hacía tarde.

Yo aún no lo sabía, pero ya había caído entre sus redes y por más que tratase de pelear contra viento y marea, pasaría bastante tiempo hasta que pudiese verme libre de sus ligaduras. Las sospechas

comenzaron a los pocos días de aquella conversación, cuando estando una vez más en el bar con el consejo de sabios que formábamos mi vieja amiga Yolanda y su novio Hugo, mientras protestábamos a voz en grito que para variar, - y a pesar de que éramos fijos en su barra- el tabernero no se había dignado a ponernos una mísera tapa de pistachos con la que acompañar el vermú del aperitivo. No sé como ni cuando, pero en mitad de la conversación alguien sacó a colación el nombre de Irene. Sorprendido y recordando esos ojos que me miraban ansiosos mientras yo me tomaba mi tiempo en prometerles uno de mis libros, derramé parte de mi copa sobre el mantel. El tabaco mojado, el mechero convertido en poco más que un objeto que tirar a la basura y mi billete de diez euros empapado no supusieron ninguna molestia en mí, en comparación con sus carcajadas. ¿Qué te ha pasado? Recuerdo que me preguntó Yolanda secándose las lágrimas de las mejillas. No supe qué responder. Nadie había dicho nada, simplemente había escuchado un nombre, su nombre, y había perdido el control. Traté de guardar la compostura colocando el billete al sol, sacando los cigarrillos y colocándolos en fila india sobre un poyete de granito que había a mi lado, el cual soportaba la chicharrera del sol durante prácticamente todo el día.

¿Qué pasa chavalote?, ¿qué te traes entre manos con la nueva? Bromeó Hugo dándome unas palmadas amigables que apunto estuvieron de hacerme caer de la silla cuando me disponía a recuperar mi asiento. Opté por negar la evidencia -algo que siempre he intentado, y que siempre me ha dado los mismos y catastróficos resultados-, de tal manera que cansado ya de recurrir a mi pobre técnica inventiva acabé por afirmar lo que ellos ya sabían, Irene había entrado en mí como un elefante en una cacharrería, dejando todo patas arriba. Mantuvimos una larga y divertida conversación acerca del modo más adecuado de ganarme sus favores, a la cual se añadió una información para nada esperada por nosotros. Esa información era de primera mano, de una amiga en común que teníamos Irene y yo, y que como quien no quería la cosa nos aseguró que estaba pasando por una mala racha con su novio, y que en términos coloquiales, había donde rascar.

Eso último me animó de manera inimaginable, ardía en deseos

de volver a estar junto a ella, de decirle todo cuanto quería decirle y que hasta ese momento había callado, lástima que fuese lunes y que faltasen cuatro días exactos para volver a verla. Las horas resultaron más pesadas que de costumbre, parecía como si el destino estuviese dispuesto a jugarme una mala pasada poniendo a prueba mi paciencia. Cada vez que miraba el reloj sus agujas apenas habían avanzado, y lo que sí parecía no detenerse ante nada era mi necesidad por verla y tener unas palabras con ella. Para colmo de males, las noticias vuelan en un pueblo pequeño, y más cuando son de índole sentimental, así que cual fue mi sorpresa cuando por la calle me asaltaron varios amigos vitoreándome y dando palmas, porque según ellos, la nueva estaba a disgusto con su novio gracias a mí. Yo trataba de quitar hierro al asunto, porque batallas similares había librado unas cuantas a los veinticuatro años que llevaba sobre mis enclenques espaldas aquel verano, y conocía de sobra como solían acabar ese tipo de cosas: la pareja se reconciliaba y un servidor se quedaba con un palmo de narices y una cara de tonto de aquí te espero.

El caso fue que en lugar de disfrutar el momento, vanagloriarme de mi conquista o haber cometido algo tan estúpido y ridículo como coger el coche y lanzarme a la aventura a buscarla, opté por hacer algo que por aquel entonces no se me daba tan mal después de todo, mirar hacia otro lado, de forma tal que cada vez que alguien trataba de ponerme a prueba hablando de ella, de los supuestos guiños que a todas luces ella me lanzaba o aclamaba mi labia y mis dotes de don Juan, yo hacía como que la cosa no iba conmigo. Pero claro está que todos somos humanos, y a base de que le dorasen a uno la píldora, un servidor acabó cediendo y durante dos noches apenas salí a tomar la espuela -como solíamos decir cada vez que nos acodábamos en la barra del bar y brindábamos repetidas veces hasta que el dueño, un hombre entrado en años, de rostro rojizo, aspecto de picador de toros venido a menos y pelo cano acababa por echarnos-, a ver pasar las horas o simplemente a jugarme hasta el pellejo en el mus. No, opté por encerrarme a cal y canto en mi casa, encender una vela, coger mi cuaderno, mi bolígrafo y mientras el humo de mis cigarrillos ascendía perezosamente hacia el techo comencé a escribir el soneto más hermoso nunca antes escrito -lástima que ese apelativo

sea de mi cosecha y la opinión pública de aquel entonces se limitase a decir que estaba bastante bien-.

Por fin llegó el deseado día, el viernes la volví a ver a eso de las doce y media de la mañana. La noche anterior había sido una sucesión de celebraciones, brindis y botellas de licor que pasaban rápidamente de mano, para celebrar entre otras cosas que tras haber estado ausente dos noches, había vuelto de las frías catacumbas de mi habitación con un poema capaz de enamorar a cualquier mujer con dos dedos de frente, cierto carácter romántico y la paciencia necesaria para leer mi pésima caligrafía.

La resaca con la que recibí aquel día, se vino abajo cuando nuestra espía infiltrada entre las filas enemigas, vino hacia mí corriendo y tratando de recuperar el resuello me dijo que las cosas se habían arreglado entre la nueva y su novio. En ese momento todo me dio vueltas, mi cabeza iba y venía, pasando por el clásico tópico masculino frente a un rechazo femenino, esto es *ella se lo pierde*, para acabar desembocando en una extraña impotencia, no por verme fuera de juego, sino por las horas que había perdido bebiendo café y escribiendo. No pasa nada, fue cuanto dije y guardando tanto la compostura como el trozo de papel que llevaba entre mis manos, me acerqué hacia su lugar de trabajo.

Tras caminar cabizbajo a lo largo de dos calles, cuando por fin descubrí ante mis ojos la tienda de ultramarinos de toda la vida en la que ella trabajaba, me detuve en seco. Algo en mi interior me ordenaba dar media vuelta, salir corriendo de allí, buscar a algún buen amigo y contarle todo entre jarras de cerveza, tabaco y protestas por la falta de aperitivos en la terraza del bar, pero una pequeña vocecilla en mi interior -según los especialistas en la materia la voz de la conciencia, aunque para mí no es más que algún gen recesivo de nuestros antepasados primates que nos obliga a darnos de cabezazos contra algo que sabemos que de por sí es inamovible- me invitaba a acercarme a ella y hablar sobre cualquier cosa, por absurda que fuese y tantear el terreno en el que me estaba moviendo.

En esas estaba yo a la sombra de una higuera, peleando conmigo mismo en una interminable pelea de púgiles fajadores como eran las dos opciones que barajaba, cuando fue ella quien se me

acercó por detrás. No la oí acercarse y cuando amigablemente apoyó su mano en mi espalda di un respingo alarmado. Ya no había escapatoria, yo solito me había metido en la boca del lobo y para colmo de desgracias, el poema que le había escrito y que cuidadosamente había doblado en cuatro y guardado en el bolsillo trasero de mis pantalones había caído al suelo. Traté de impedir que lo cogiese, inventé que era propaganda de un restaurante paquistaní que iban a abrir en el pueblo y que yo mismo lo había tirado al suelo, pero todo fue en vano. Sus ojos negros y redondos se abrieron de par en par, parecía como si fuesen a salir de sus órbitas cuando terminó de leer. ¿Cuándo lo has escrito? Preguntó volviendo a rehacer los pliegues del papel. Podría haber sido valiente y contarle la verdad, que había oído decir a la gente que estaba mal con su compañero sentimental, y que lo escribí pensando en un utópico mañana en el que los dos veríamos increíbles puestas de sol sentados en el cerro que coronaba el pueblo, pero no, no lo dije. En su lugar me inventé que era uno de mis poemas, del libro de poemas del que le había hablado y a falta de algún ejemplar que dejarle de mis novelas, lo había copiado pensando que tal vez le gustaría. Mi mentira pareció convencerla y tras preguntarme si podía quedárselo, me invitó a acompañarla a hacer unos recados. No dudé, en esta vida he sido tres cosas: un mal escritor, peor mentiroso y mula de carga de todas aquellas que hicieron de mí lo que quisieron. Así que tras encenderme un pitillo comencé a caminar a escasos metros de ella, para a la media hora volver a la tienda cargado como un borrico de cajas y cestas de comestibles.

Por motivos de calendario, esto es fiestas patronales en otros pueblos, pasé más de dos semanas sin saber de ella. Dos semanas en las que los excesos, las chirigotas de la orquesta y los encierros de toros me hicieron pasar página, y basar mis días en pelear con las ciclópeas resacas que acompañaban cada una de mis salidas nocturnas, en tratar de recordar quién me había convidado a la última copa y a quién había dejado a deber alguna consumición. Lamentablemente la euforia duró poco. Los días pasaban y todos en el pueblo sabíamos que al acabarse el mes de agosto, ella volvería a su casa y yo a la mía, y si te he visto no me acuerdo, así que tras una

noche larga a la que le siguieron pocas horas de sueño, volví a encontrarme con Irene. No nos dijimos nada, simplemente nos miramos a la cara. Ella estaba radiante, yo en cambio parecía un cadáver andante que haciendo malabares con las palabras logró quedar con ella para esa misma tarde.

Horas después, concretamente después de dormir la mona, recuperarme a golpe de manzanilla, malcomer, lavarme a conciencia y afeitarme, volví a salir a la calle. Deseaba volver a verla, invitarla a tomar algo y charlar amistosamente, pero no pudo ser, una vez más, como cada día que nos veíamos a las ocho -hora en la que echaba el cierre al negocio y al trato conmigo- tenía prisa por irse.

Los cinco días que me separaban de ella pasaron como de costumbre, largos y eternos como siglos. Pero por fin llegó el viernes. Eran las fiestas de mi pueblo y no había tiempo que perder. Traté de averiguar si iba a pasarse por la feria por la noche. Su respuesta fue corta, tajante y sincera: no. Intenté disimular mis sentimientos y cambiando de tema empecé a contarle lo vivido en los días en que no nos habíamos visto. No sé si fue por mi pobre capacidad narrativa, o porque lo que le decía le importaba más bien poco, el caso es que al final acabó por proponerme que le escribiese un poema. Ésta es la mía, pensé, es cuestión de ponerme un rato a solas con un folio en blanco y todo está rodado. Además, mis fuerzas se vieron aumentadas cuando al acompañarla a su coche me lanzó un sonoro beso desde la ventanilla, ante lo cual bromeé y entre risas la vi partir. Esa misma tarde, aprovechando diez minutos de descanso en los numerosos torneos a los que cada año me apuntaba -y de los que lo único que obtenía era el amargo sabor de la derrota- me metí en mi casa, encendí el radiocasete y mientras que en esta ocasión *Patxi Andión* rasgaba tanto las cuerdas de su guitarra como su propia garganta, mi bolígrafo comenzó a deslizar su punta afilada sobre el papel. Consecuencia, otro bonito soneto que entregar a su destinataria, y eso es lo que hice.

Por fin llegó la noche y entre risas, música, bailes y pasacalles la vi diez minutos. Iba acompañada de una amiga suya, nos presentaron y antes de que pudiese decir esta boca es mía, la vi marcharse por donde había venido. No sentí nada, tal vez porque los

encantos de Baco logran disminuir el sentido del ridículo y amortiguan los desamores, o porque el desenlace de esta historia ya me lo veía venir. Al día siguiente, padeciendo otra vez los crónicos efectos secundarios de las fiestas patronales, volví a encontrarme con ella. No me dijo gran cosa, salvo que el poco rato que estuvo por el pueblo se lo pasó de muerte, y que esa noche no podía bajar, eran las fiestas de otro pueblo. Yo maldije ese pueblo con toda mi alma, pero más me maldije a mí por no ser valiente y preguntarle qué le había parecido lo que le había dado, o simplemente saber si lo había leído.

No fue hasta la semana siguiente, cuando otro de mis alcahuetos, Víctor, me dijo a modo de confesión en el bar que Irene le había hablado de mí y de mis poemas. Que los había leído, que eran bonitos, pero que no sabía si lo que decía en ellos era cierto, que sentía todo cuanto ponía o por el contrario no era más que un recurso estilístico. Eso caló hondo en mí, una cosa es que uno escriba sobre sentimientos y no sea correspondido, y otra muy distinta es que le tachen de gongoriano. Resoplé y dejando una partida de naipes a medias volví a mi casa. Me encerré en mi habitación y durante tres horas no hice otra cosa que escribir versos, contar sílabas y tratar de ser lo más conciso y sincero en cuanto ponía.

A la mañana siguiente, con unas ojeras dignas de un recluta tras una noche de guardia volví a verla. Estaba hablando con mi aliada dentro de sus filas y otra muchacha. Esperé apoyado en la cabina telefónica del pueblo, nunca ha habido otra, hasta que se despidieron y me acerqué a ella. Sé que mañana te vas, así que toma, esto es para ti, un recuerdo, le dije dándole el poema escrito en papel crema plegado en cuatro dobleces. No esperé a ver cuál era su reacción, ya me enteraría de ello más tarde, y con paso decidido volví al bar, donde junto a Yolanda y Hugo tomé nuestro habitual aperitivo.

¿Cómo van tus cosas con la nueva?, el tiempo se te acaba chico, bromeó Hugo entre trago y trago de cerveza. Yo me limité a encogerme de hombros, dar una última calada del cigarro que tenía entre los dedos, y mientras trataba de encestar en la fuente que teníamos a escasos metros de nosotros, les conté lo que había pasado, lo que había hecho y les anuncié cuál era el desenlace a esperar de aquella aventura. Ellos me escucharon como siempre, atentos tanto a

mis palabras como a mis gestos y, una vez que terminé, me aconsejaron que pasase de largo. Tal vez es lo que debería haber hecho, pero como bien dice mi propio refranero castellano, *el hombre es el único animal que tropieza dos veces con las mismas caderas*. Dicho y hecho, por la tarde volví a pasarme por su tienda como quien no quiere la cosa para volver a salir por la puerta a los pocos minutos de haber entrado, abatido por las evasivas con las que respondía a mis intentos de entablar una conversación seria.

No sabía donde ir, así que opté por adoptar mi pose más nostálgica y caminar buena parte de aquella tarde nublada de agosto, con las manos hundidas en los bolsillos de mis pantalones y la mente vagando por recónditos e inhóspitos lares en los que la realidad y la fantasía confluían en un no muy lejano horizonte. De pronto alguien me llamó a mis espaldas. Sorprendido giré sobre mis talones. Era Víctor, mi alcahueto personal, ese muchacho alto y delgado de rostro anguloso y trato agradable que ya me había advertido sobre los pantanosos terrenos sobre los que me movía. Mi cara debía ser un poema, porque rápidamente me preguntó qué me pasaba. Le conté todo, y tan pronto como finalicé mi relato me dijo que esperase donde estaba, que en media hora volvería a recogerme.

Eso hice, esperar y desesperarme al ver que pasaba el tiempo y mi amigo no venía en mi busca. Por fin lo hizo, y me ayudó a encajar las últimas piezas del rompecabezas que había comenzado un mes atrás. Mis poemas le habían conmovido, pero ni por asomo Irene estaba dispuesta a tener nada conmigo. Esas palabras cayeron sobre terreno mojado, no me dolieron lo más mínimo, y nada más terminar de oírlas, cogí al muchacho por el brazo y le llevé al bar donde brindamos por lo que pudo haber sido y no fue, antes de marcharnos cada uno a nuestra casas.

A la mañana siguiente, cuando me disponía a guardar mi equipaje, poco más que una mochila llena de ropa hecha un ovillo, un viejo maletín militar en el que guardaba mis libros y mi habitual compañero de viajes, aventuras, desventuras y desengaños: el cuaderno de tapas negras y espiral del mismo color en el que día a día soñaba con escribir un best seller, en el maletero del coche cuando oí su voz. Chasqueé la lengua y tragándome todo mi orgullo -que por

aquel entonces era bastante- me giré. Allí estaba ella, Irene, la mujer que me había quitado el sueño durante todo aquel mes de agosto frente a mí. La miré, esbocé una sonrisa cínica y tras bajar el portón del maletero, me apoyé en él cruzándome de brazos. Hablamos de todo y nada al mismo tiempo durante más de diez minutos. Yo deseaba marcharme, volver a Madrid, cocerme de calor, dar vueltas sobre la cama empapado en sudor y desaparecer del pueblo una temporada para cambiar de aires, así que fui parco en palabras. Ella debió de darse cuenta de ello -o tal vez, y como era costumbre en ella, teniendo en cuenta que esto ocurrió en domingo, tendría prisa por volver a casa-, así que se acercó a mí para despedirse. Nuestras caras se juntaron, nuestros ojos volvieron a encontrarse y en los suyos vislumbré otra vez la misma mirada que un mes atrás me había hecho perder el habla. Esa mirada, la misma mirada que tantas y tantas veces había aparecido junto a mí en las noches de soledad bajo una lamparilla de mesa, un cigarro a medio consumir en un cenicero y una taza humeante de café a la espera de que las musas viniesen a mí.

Pensé en abrazarla, en captar su aroma por última vez, pero en lugar de ello opté por todo lo contrario. Me recosté sobre la chapa de mi viejo Seat Ibiza blanco y aparté la cara. Ella dio un paso en falso hacia atrás y con gesto de sorpresa se perdió por las calles de mi pueblo. Han pasado muchos años desde aquel entonces, ha llovido mucho, y he sido testigo y protagonista de numerosas historias como la que ahora mismo cuento, pero no miento si digo que volvería atrás encantado, sin dudarlo un instante, con tal de volver a ver por primera vez esos ojos redondos, inteligentes, negros y expresivos que hace años me quitaron la palabra y el sueño.

Ignacio Barroso Benavente

NECIOS PELIGROSOS

No hace mucho leía un artículo de Pérez-Reverte en el que, hablando sobre educación, ponía el acento en el peligro de tantos idiotas deseando arreglar el mundo a fuerza de estupidez. Y es cierto que el idiota, tanto por incapacidad como por el número de los de su especie, resulta casi siempre más peligroso que el malvado.

Aunque, sin ser mi afán, en absoluto, el de justificar a estos patanes con la excusa del atenuante de la ignorancia o la maldita buena intención, sí que quiero señalar que, en mi opinión, hay una clase de idiota aún más peligrosa dentro de la amplia tribu de los lerdos. Y es la de los necios que, con absoluto desprecio de la inteligencia y a sabiendas de su cortedad, alardean de su idiotez de modo presumido, ensoberbecido y pretencioso, alevosamente, conduciéndose ellos mismos y arrastrando tras de sí a los demás a sus tristes y lamentables errores. La ruina no es cosa suya y el bobo que los sigue es aún más imbécil que ellos, pero me molestan, sorprenden y espantan estos nuevos idiotas presuntuosos, que dicen no temer a nadie, no ser menos que nadie, no necesitar saber ni consejo para lanzarse, a pecho descubierto, por el precipicio de su elección, seguros de que todas sus carencias se compensan con su decisión, su valor y su prepotencia, tan pagados de sí mismos como para añadir a su estupidez el brillante don de la ceguera. La estupidez ya es un defecto grave. La soberbia otro pecado terrible. Pero la sinergia entre idiotez y soberbia es una bomba de terrible potencia.

Basta con asomarse a la calle, o a esa ventana a la necedad que es la televisión, para ver una multitud de imbéciles alardeando de su ignorancia, satisfechos con ella y deseosos de extenderla. Gente sin cultura ni deseo de adquirirla. Sin formación ni la más mínima educación o decoro. Orgullosa de su dinero tanto como de su falta de méritos. Insensible a la vergüenza o el pudor. El mundo cada vez está más lleno de semisalvajes orgullosos de su modernidad, de idiotas capaces de ejecutar cualquier acto que se les ponga en las narices sin meditar sus razones, su conveniencia o sus consecuencias. ¡Porque yo lo valgo! Por el mero hecho de existir. Se creen humanos, en el más amplio sentido de la palabra, por ser portadores de un acervo genético y unas características físicas que, sí, son imprescindibles para formar parte del género humano, pero no son nada si eliminamos los miles de años de historia, socialización, civilización y cultura que nos han convertido en algo más que monos más peligrosos que nuestros primos de la selva.

¿Y qué decir de la educación? Ya hemos hablado a menudo en estas páginas de lo ridículo que nos parece el modelo de enseñanza

actual. No nos referimos, no al menos exclusivamente, a la actual enseñanza reglada con sus niveles, cursos y etapas. Se trata de algo más profundo, algo de lo que también bebe nuestro pésimo sistema de enseñanza del que, no voy a quitarme la parte de responsabilidad que me toca, yo mismo formo parte activa.

¿No es extraño que en un mundo cada vez más lleno de conocimientos se les exija a nuestros estudiantes, por llamarlos de algún modo, cada vez menos? Me temo que sí, que es totalmente demencial. Y así tenemos toda una pandilla de críos mal criados y adolescentes enloquecidos cuyo nivel cultural desciende a pasos agigantados a la vez que ellos mismos se piensan más listos, más guapos y más hábiles que todos sus predecesores. Cada vez más modernos, como si ese simple adjetivo, sin un contenido de interés, fuera, de por sí, un halago.

Nosotros no somos gran cosa, ni nuestros conocimientos o inteligencia son como para presumir. Seguimos siendo salvajes trajeados, según moda del momento, y sujetos a la dictadura de nuestras estrechas mentes. Cualquier ser mínimamente inteligente que pueda contemplarnos desde el futuro pensará, y con razón, que somos una panda de tarugos, estúpidos y ciegos ante el mundo. Pero nuestros hijos y descendientes serán aún peor, porque nuestra magnífica educación en vez de llenar sus cabezas con conocimientos y el poso de la experiencia del pasado y esa historia de la que nunca aprendemos, la va a llenar de soberbia, de la idea de que uno vale mucho por el mero hecho de ser un ente individual, la no menos peligrosa de que no es necesario el esfuerzo, como tampoco lo es acumular conocimientos. Les enseñamos que la indolencia hace avanzar, que todo vale, que no es necesario razonar para buscar argumentos o justificaciones. Que lo que cuenta es el dinero, que no hace falta un criterio, mucho menos una moral, que tienen derecho a todo a cambio de nada, que son tan especiales como para poder hacer, sin más, lo que les da la gana, que está bien cuestionar la autoridad pero no hacerlo con inteligencia. Retrasamos y reducimos sus conocimientos, los dejamos crecer ignorantes y favorecemos que se vuelvan acríticos y permeables. Eliminamos la base de la cultura, reducimos el saber y los empujamos a este mundo hipercompetitivo que también les hemos fabricado, lleno

de problemas, y pretendemos que lo solucionen todo y se forjen a sí mismos como gente medio responsable con la única arma de su estúpida autoconfianza.

Los volvemos alevosamente tontos, en un grado superior al que nosotros gozamos. Así va el mundo y peor que, salvo milagro, nos irá.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DEMASIADO ABURRIDOS

A Jonás nunca lo habían recibido así, ni siquiera cuando de niño visitaba el pueblo de su abuela Salomé, allá en la Vieja Tierra, donde siempre agasajaban a su familia como a jefes de estado y, pese a todo, la recepción que le brindaron a su llegada al desconocido mundo de Burz fue todavía más grandiosa. Y eso que no lo conocían. Y eso que sólo les llevaba un cargamento de condimento. Vale que la pantaura, el condimento sintético inventado por el humano Pantur, volvía locas a varias etnias exógenas, pero tal entusiasmo por el portador de algo tan trivial llamaba poderosamente la atención. Y vale que Burz era un mundo marginal, recientemente incluido en las rutas comerciales y escasamente visitado, donde la llegada de una aeronave debía ser, sin duda, un acontecimiento. Pero eso no hacía menos sorprendente y memorable para el señor Fresasconnata su triunfal desembarco en el puerto de Ciudad Plu, la capital burziana, única vía de entrada al planeta.

Luego se enteró de que fue el primer humano en visitarlos. Pero antes que él habían estado allí los stifs y, cómo no, aquellos ubicuos lelánaes que, se decía, comerciaban hasta con los pueblos más salvajes. Pero eso tampoco justificaba las alharacas.

Toda una tropa de burtzios lo esperaba bajo la escalera de Betsie. Los extraños alienígenas formaban una comitiva muy curiosa. Su aspecto era bastante repugnante para un humano: algo así como enormes babosas de aspecto gelatinoso, con algo parecido a una cabeza en forma de maza, coronada por una sucesión de globos oculares semejantes, al menos en su aspecto, a los humanos, y un cuerpo palpitante, húmedo y de piel fina, aplastado contra el suelo, del que partían, a modo de extremidades, un número variable de

tentáculos de diferentes formas y tamaños. Los burtzios tenían tamaños, formas y colores diferentes, pero eso no los hacía, en ningún caso, hermosos para un observador humano como Jonás. En general, los más pequeños eran los niños y uno de ellos fue el encargado de entregarle un enorme ramo de tentáculos iridiscentes que palpitaban repugnantemente en la mano del viajero. Aquello debía de ser el equivalente de un ramo de flores para los amables burtzios, pero a Jonás le daban un asco considerable, tanto por su aspecto como por su tacto, aunque no se atrevió a demostrarlo en público y estropear la fiesta. Tentado estuvo de ponerse a hablar, o mejor, de recitar unos versos para completar la semejanza con esos viejos juegos florales de antigua ciudad de provincias, pero no fue necesario. Se limitó a saludar agitando, cual sonajero, el ramillete de tentáculos –más tarde se enteró de que eran donaciones de los propios burtzios, como dedos supurantes amputados de entre las extremidades de sus cuerpos-, lo cual amenazó con sublevarle el estómago. Pero aquel gesto amable –o como tal fue interpretado por sus anfitriones- fue el preludio de una mayor algarabía entre los burtzios. A su saludo le siguió un extraño y ronco ulular que pronto se convirtió en lo que parecía un coro de recepción, como una canción burtzia, que a Jonás le sonaba, más que a otra cosa, a una sinfonía de poderosos regüeldos sincopados que, pese a su ritmicidad, resultaba cualquier cosa menos agradable.

Jonás disimuló sus emociones y exhibió, sin saber si comprendían sus gestos, la mejor de sus sonrisas. En realidad, al margen del asco, Jonás estaba fascinado por todo aquello. La amable recepción, la observación de una cultura diferente y por completo desconocida, colmaba sus deseos mucho más que el simple hecho de realizar la transacción comercial que, supuestamente, lo había llevado hasta allí.

Al cabo, un burtzio que exhibía un brillante color anaranjado y cuyo tamaño sobrepasaba con creces al de sus compañeros –realmente daba la impresión de mantener hinchada de algún modo su bolsa corporal, que parecía más voluminosa que la de sus acompañantes- se adelantó hasta una especie de tribuna. Sobre la corona ocular exhibía un penacho de lo que parecían hierbajos azulados, sin duda ajenos a su propio cuerpo y un signo de distinción entre los de su raza. Los demás

burtzios cesaron en sus cánticos y se mantuvieron atentos a sus palabras, en un silencio expectante. El burtzio importante tomó, efectivamente, la palabra, aunque Jonás sólo escuchó una sucesión de roncos eructos, pronunciados al parecer con toda seriedad y sentimiento que, afortunadamente, pronto fueron vertidos a palabras inteligibles para Jonás por el traductor simultáneo que pendía de su cuello y que se había tomado el trabajo de actualizar –sus buenos créditos le había costado- con el idioma burtzio.

-Bienvenido, extranjero, a nuestro humilde mundo –entonaba el traductor al ritmo de los eructos del orador-. Como alcalde de Ciudad Plu y gobernante del Consejo Planetario de la Comunidad Burtz –esta última palabra sí que sonó algo semejante al vibrante regüeldo con el que el burtzio la acompañó-, te doy la bienvenida a nuestra tierra amistosa y hospitalaria y deseo que tu estancia entre nosotros sea lo más placentera e interesante posible. Sean contigo nuestras mejores plegarias y dinos, oh extranjero de allende las estrellas –en realidad de la boca del alcalde surgió un sonido semejante al "burtz" anterior, quizá una referencia a que llegaba de un planeta ajeno a su Burtz-, qué causa o interés te ha traído hasta nuestra tierra.

Bien lo debía saber el burtzio, puesto que su aterrizaje había venido precedido de toda suerte de informaciones y gestiones transmitidas y realizadas desde el espacio. Pero si aquello formaba parte del ritual de la recepción no iba a ser Jonás quien les fastidiase la fiesta.

-Me llamo Jonás Fresasconnata y procedo del espacio humano, del planeta Tierra. Soy comerciante y admirador del pueblo burtzio al que deseaba conocer y a vuestro planeta me han traído ese deseo y la amistad que os profeso me ha movido a llenar mi nave con un cargamento de pantauras para vuestro disfrute.

Jonás pensó que se le había ido un poco la mano en los cumplidos, pero los burtzios, lejos de pensar que el extraño era demasiado pomposo o les doraba la píldora, prorrumpieron en un nuevo aullido coral de satisfacción.

-¡Viva Jonás! ¡Viva Fresasconnata! ¡Viva la Tierra! –traducía una y otra vez, ante la insistencia de los burtzios, el traductor simultáneo que pendía del cuello del humano.

Tras cinco minutos de ininterrumpida aclamación en los que Jonás no se aburrió porque se dedicó a observar, complacido, cómo los burtzios cambiaban constantemente de color y sus cuerpos se hinchaban y reducían en constante palpitar, el alcalde volvió a tomar la palabra y sus confráteres quedaron en respetuoso silencio. El burtzio volvió a eructar, aunque ahora su voz sonó más aguda y cantarina en los oídos de Jonás, o eso le pareció. Igual que el tono del individuo había pasado del naranja al verdoso y el penacho sobre sus ojos se había vuelto gris y aplastado. ¡Incluso parecía haber engordado! Pero tenía que tratarse del mismo burtzio puesto que se había mantenido sin moverse en el estrado.

-Bienvenido sea, el hoy llamado Jonás Fresasconnata del planeta Tierra. Sé bienvenido a nuestro mundo nuevamente. Mi nombre hoy es Grioarr –el eructo sonó así, luego debía ser intraducible- el de penacho gris y ojos misteriosos.

-Encantado, Grioarr –Jonás intentó simular el regüeldo y, por fortuna, su traductor lo vertió al idioma burtzio con suficiente precisión-. Encantado, amable pueblo de Ciudad Plu, burtzios todos.

-¡Bravo! ¡Bravo! –prorrumpieron en general aclamación los espectadores.

Jonás agitó una vez más el ramillete de tentáculos, que se habían hinchado y estaban cambiando nuevamente de color.

Los burtzios lo invitaron a seguirlo y lo llevaron hasta un extraño vehículo de transporte, que resultó ser un trineo que se deslizaba sobre una superficie gelatinosa y era tirado por dos gigantescas babosas que bien podrían haberse confundido con burtzios gigantes salvo por la carencia de ojos. Lo transportaron lentamente, haciéndole un pasillo entre ellos y aclamándolo constantemente, hasta llegar a su ciudad, de edificios bajos y aspecto de ensaimada o zurullo enrollado en ascendente espiral. Lo depositaron en lo que él creyó un hotel y resultó ser hospedería municipal, expresamente construida para los visitantes como él. Allí lo dejaron solo, indicándole que se pusiera cómodo y descansara y que, si tenía dudas, los preguntase. Para su desgracia, aquello no era ni medianamente habitable para un humano y, aunque permaneció un par de horas sentado sobre el suelo brillante de una sala extrañamente retorcida y ocupada por objetos

inidentificables, luego salió y pidió a los burtzios que allí aguardaban que alguien lo llevase a su nave para poder descansar al modo humano. Lejos de ofenderse, los burtzios volvieron a formar una multitudinaria comitiva que lo acompañó hasta Betsie.

-¿Podemos entrar contigo a ver tu habitáculo? –regüeldó uno de los burtzios que lo acompañaban.

Jonás dudó pero, por no ofender a sus anfitriones, aceptó, aunque temía que llenasen el suelo y las paredes de mucosidades alienígenas. Los burtzios, lejos de sentirse cohibidos en su presencia, exploraron a Betsie por todas partes, y hasta le hicieron ciertas preguntas acerca de la utilidad de determinadas estructuras y enseres.

-Muchas gracias, el hoy llamado Jonás Fresasconnata –le dijeron al terminar-. Descansa y luego vendremos a buscarte para la fiesta.

Jonás estaba un poco irritado por lo que consideraba desvergüenza de aquellos cotillas, pero al escuchar que le habían preparado una fiesta, los perdonó de corazón por su exceso de curiosidad. Eran simpáticos aquellos burtzios, deseosos de abrirse a ese universo lejano que apenas empezaban a entrever. Jonás decidió consultar un par de datos en la base de Betsie: sí, la bioquímica burtzia era, sorprendentemente, lo bastante compatible con la humana como para poder probar alguno de sus alimentos y así no desairarlos si lo invitaban, aunque no fueran en absoluto nutritivos para el metabolismo del viajero. En todo caso, ya se cuidaría mucho de ver lo que probaba, no fuera del todo repugnante. Asimismo, se preparó un fuerte emético con el dispensador de Betsie, por si era necesario. Luego comprobó que los sistemas se encontraban en perfecto estado, que la carga se hallaba en su lugar y, finalmente, repantingándose sobre el lecho antigravitatorio, se echó una buena siesta en la que sus ronquidos bien podrían haber pasado por un dialecto próximo al empleado por sus anfitriones burtzios.

Lo despertó Betsie, ante la algarabía que cientos de burtzios habían montado alrededor de la nave cuando vinieron a recoger a su huésped para llevarlo a la fiesta. Jonás había dormido a pierna suelta

y, pese a no ser muy partidario del jolgorio, se sentía con ánimos para divertirse un buen rato.

Los burtzios lo aclamaron al salir y lo llevaron en una especie de litera con dosel. Parecía que sus anfitriones se habían engalanado para la ocasión. Llevaban grandes trapos e hilachas con los que cubrían sus cuerpos y cabezas. Jonás, incapaz de reconocer a ninguno de los burtzios ni de apreciar la elegancia de las vestimentas ni menos aún, si es que era el caso, las correspondencias con los diferentes grupos sociales, procuró ser amable con todos y dedicar un comentario simpático a cualquiera que se le acercara y se dirigiera a él. Tuvo bastante éxito en sus intentos de congratularse con los aborígenes, puesto que la fiesta se prolongó hasta la madrugada entre comida, bebida –a cuál más extrañas- y confusos bailes y canciones de los que el humano participó. Incluso se atrevió, acompañado por un coro de eructos cacofónicos, a cantar varias canciones de moda con voz lo bastante desentonada como para que los burtzios enloquecieran de emoción y le dedicaran incontables vítores.

Cuando el sol rojizo de Burtz comenzaba a despuntar por occidente –consecuencia del giro dextrógiro de aquel mundo-, un burtzio subió a una especie de palco y se puso a dar un discurso. Era en honor del huésped humano.

-Soy el alcalde Grioarr de Ciudad Plu y quiero agradecer al visitante Jonás su simpatía y amabilidad. Y quiero comunicarle que ha sido nombrado por aclamación ciudadano de derecho de nuestra hermosa ciudad.

El traductor emitió un chirriante "¡Bieeeeen!" que se correspondió con un concierto de espectaculares ronquidos emitidos por todos los burtzios presentes. Con aquel homenaje, concluido con la entrega de un nuevo ramillete de tentáculos de colores, concluyó la fiesta y los burtzios se empeñaron en llevar de nuevo a Jonás a su residencia. Subió al palanquín y se dejó llevar, hasta que vio que no lo conducían a Betsie, sino a la residencia que le habían acondicionado. Iba a protestar, pero no quiso desairarlos y se dejó llevar. Ya se iría él a Betsie por su cuenta. Al llegar a la residencia, se despidió de sus amigos y se introdujo en la sala, con idea de salir en cuanto que todo se hubiera quedado solitario y tranquilo. Pero no fue necesario. Habían

acondicionado las habitaciones del huésped al estilo humano, copiando los enseres que habían visto durante su visita a Betsie. Así Jonás se acostó en la cama que le habían hecho, bastante cómoda pese a no ser de los mismos materiales que su lecho ni contar con campo antigravitatorio propio, y se quedó dormido casi al instante. La noche había sido muy agradable. Algunos platos resultaron sabrosos, ninguno tóxico y ni siquiera había tenido que recurrir al vomitivo.

A la mañana siguiente fue despertado por un sonido de trompas extrañas. Era como si la bocina de un barco anunciase su llegada. Pero no, Jonás se levanto y, a medio vestir, salió para comprobar que una nueva comitiva de burtzios –imposible diferenciar unos de otros- lo estaba esperando.

-Soy el alcalde hoy llamado Bgraaaur de Ciudad Plu y, en representación de mis convecinos, he venido a ejecutar la solemne ceremonia de la descarga.

Jonás tardó en comprender. Lo primero, aquél no era el alcalde que había conocido. Ni su nombre ni su aspecto, ahora estilizado y con dos penachos a modo de coletas sobre sus ojos múltiples, se correspondían con los del orador de la víspera. Si era costumbre burtzia la de cambiar de cargo cada día no iba a ser él quien se inmiscuyese en sus asuntos. Le interesaba más la ceremonia en cuestión. Por lo visto se trataba de una costumbre recientemente instaurada, desde que empezaron a llegar a Ciudad Plu los cargueros espaciales. Toda la comitiva se dirigió al lugar donde estaba Betsie y el alcalde pronunció un nuevo discurso de bienvenida a las pantauras. El público salmodió una especie de letanía regüeldosa y un burtzio que vestía largas melenas azuladas se aproximó a Betsie con un penacho de tentáculos en la mano y con él a modo de hisopo aspergió la nave con unas cuantas gotas de colores.

-Ahora el hoy llamado… -era el alcalde quien hablaba, e hizo una pausa interrogativa al llegar al nombre: se refería a Jonás.

-Jonás, Jonás Fresasconnata –puntualizó el humano ante la frágil memoria, o mera ignorancia, del nuevo alcalde.

-¡Ah, pero ése era tu nombre ayer! ¿Es que todavía no te has cambiado?

Jonás no terminaba de comprender, ni sabía lo que se esperaba de él.

-Yo ayer era Grioarr y estaba gordo, pero hoy soy Bgraaaur y estoy delgado. ¿A que no me habías reconocido con mi nuevo aspecto?

No, efectivamente Jonás no le había reconocido y estaba bastante perdido. Sospechaba que su ignorancia no sería muy bien vista, pero no podía hacer gran cosa para corregirla sin quedar como un maleducado y un bobo. El alcalde, sin embargo, parecía sumamente divertido.

-Bueno… -empezó el alcalde y el traductor le anunció que el gesto tentacular significaba que lo interrogaba nuevamente sobre el nombre.

-Jonás –repitió el transportista un poco avergonzado.

El burtzio, extrañado, pareció resignarse y se encogió de hombros al estilo local: dejando caer los dos penachos tentaculares sobre su frente llena de ojos.

-Bueno, el hoy llamado Jonás debería hacernos el honor de mostrarnos parte de su cargamento y de ofrecernos, ya que se trata de pantauras, unas cuantas para que las probemos y juzguemos su calidad. Si el consejo aquí presente da su visto bueno, el cargamento será ofrecido a la venta en subasta pública en el mercado que hoy se celebra en la plaza pública del oeste, la hoy llamada de las Grandes Adquisiciones.

Jonás, algo más tranquilo, abrió un paquete presurizado de pantauras, cuyo olor se extendió por toda la pista, y ofreció unas cuantas bolitas a sus anfitriones, los presentados como miembros del consejo.

Varios de ellos las tomaron ávidamente con sus tentáculos pero, tras introducirlas ansiosos en sus bocas, situadas en una hendidura bajo su vientre, empezaron a gruñir en un tono que Jonás no les había escuchado hasta ahora. No obstante, si el traductor no hubiera empezado a crepitar con protestas y maldiciones el transportista no se habría preocupado por aquellos regüeldos más roncos de lo habitual. El alcalde, con su doble penacho enhiesto y vibrante de color carmesí, se le aproximó y, con voz irritada y quejumbrosa, le dijo:

-Estas pantauras saben igual que las últimas que nos trajeron.

-¡Pues claro! –dijo Jonás, ignorante de las graves consecuencias de una explicación tan natural.

-¡Pues vaya porquería! –tradujo el colgante ante un gruñido displicente semejante al de un hipopótamo por parte del alcalde.

Los demás miembros del consejo siguieron protestando y hubo varios que se dieron la vuelta y se marcharon sin despedirse siquiera del viajero, que no comprendía la causa de aquel revuelo.

-Así no nos gustan y no las compraremos. Si no tienes otra cosa, el hoy llamado Jonás –y el traductor dio un retintín despectivo al nombre del viajero, que en boca del alcalde sonaba con una modulación extraña-, mejor será que te vayas, pues nada venderás entre nuestro honorable pueblo.

Y Jonás se quedó con tres palmos de narices y todo un cargamento de espléndidas pantauras sin entregar. ¿Qué mosca les había picado a esos tipos? Estaba claro que se sentían defraudados y ofendidos. Y debía de ser por algo que Jonás había hecho, o por algo que había dejado de hacer. Como, desde luego, no estaba dispuesto a marcharse con las pantauras de nuevo, decidió que lo único que podía hacer era informarse y tratar de comprender a los extraños burtzios por ver si aún podía arreglarse la situación y salvar el negocio. O, si eso no era posible, al menos comprender a los alienígenas y no sentirse el tipo más idiota del universo.

La tarea no resultó fácil. De ser el rey de la fiesta, había pasado a ser una especie de paria. Nadie se dignaba visitarlo, menos aún hablarle y, cuando se aproximaba a algún burtzio, éste se alejaba, para evitar el contacto, después de dedicarle, eso sí, una mirada de desprecio –así la interpretaron Jonás y su traductor después de repetirse unas veces- y superioridad. Así las cosas, iba a ser difícil redondear el negocio. Jonás decidió que, si en Ciudad Plu no era posible, aún le quedaba la posibilidad de viajar a otros lugares. No había más espaciopuertos, conque no iba a mover a Betsie pero, como un comerciante a la antigua usanza, podía cargar su vehículo de tierra con pantauras e intentar venderlas en otras poblaciones. Lo intentó, pero la cosa no funcionó. Toda la hospitalidad inicial se había cambiado por desinterés, y eso en el mejor de los casos. Jonás supuso que las

noticias sobre su visita lo precedían por doquier y su pecado, indelicadeza o torpeza eran bien conocidos por todos los burtzios, aunque no por él mismo.

Por fin, en un lugar llamado Luub tuvo suerte. Un burtzio anciano, con mucho mal genio y ganas de burla, se tomó la molestia de insultarle y le indicó el porqué del cambio de tratamiento: Jonás era un vulgar, un don nadie, alguien que conservaba su nombre y su aspecto día tras día, alguien que trataba de vender un mismo producto como si fuera una novedad, alguien incapaz de cambiar, de ser original y divertido, un ingrato y un maleducado.

-Eres demasiado aburrido el hoy, ayer y siempre llamado Jonás Fresasconnata –apostilló el viejo antes de callarse.

El burtzio ya no dijo más, pero le dedicó una mirada de desprecio que para la gestualidad propia de aquellos seres debía de rayar en el odio. Y Jonás, sin embargo, le dio las gracias, lo que lo irritó hasta el punto de aplastarse contra el suelo y marcharse rápidamente sin un solo eructo de despedida. Pero es que Jonás estaba muy agradecido porque los exabruptos de aquel burtzio fiel a la ortodoxia de los suyos habían sido tremendamente reveladores para el ignorante viajero.

¡Así que Jonás era un aburrido! El éxito inicial se debió a la novedad y el desprecio a su incapacidad para volverlos a sorprender, a su ofensiva estabilidad. Sonaba raro, pero era lo que Jonás había interpretado a partir de aquellos insultos. Los burtzios, tan amables ellos, eran en el fondo unos superficiales. Ellos sí que se aburrían de sus anodinas vidas y necesitaban de cambios constantes con los que alegrarse el día y juzgarse originales, nuevos cada día. Quizá era mucha presunción la de Jonás el pretender entender de un plumazo las costumbres y carácter de los burtzios, mucho más aún el juzgarlos. Pero también era costumbre del sociólogo aficionado el sacar conclusiones precipitadas sobre sus objetos de estudio. En otras ocasiones, sus fallos le habían costado caros. Pero en esta ocasión, para su fortuna, el juicio era bastante correcto. Los burtzios se dejaban fascinar por la imagen y por el cambio constante. Quizá aquello les había impedido evolucionar hacia un mayor desarrollo tecnológico. Quizá, al contrario, su continua búsqueda de novedad les

permitiera desarrollar numerosos avances en el futuro. Poco importaba eso para Jonás. El transportista decidió que aún había una forma de congratularse con los burtzios y de hacer un buen negocio a su costa.

Él también tenía ideas nuevas y se le había ocurrido el modo de resolverlo todo en su provecho. Bien es cierto que no iba a ser del todo honrado con aquella pobre gente, pero ellos se sentirían satisfechos y él evitaría que su negocio con las pantauras se malograse.

Volvió a Ciudad Plu. Nadie le hizo caso, no reconoció a nadie. Comprobó que, durante su marcha, habían cambiado el alojamiento que le habían cedido. Tal vez habían esperado a que se marchara para invadirlo y limpiarlo de cualquier resto de su presencia. Lo esperaba y no le importó. Se fue al espaciopuerto y, sin hacer más comprobaciones, montó en Betsie y despegó. No pensaba marcharse de Burtz, tan sólo necesitaba hacerlo para empezar a jugar el juego de los burtzios. En órbita, dio orden a los robots de mantenimiento de que dieran a la nave una capa de color diferente, cambió la configuración de los motores de fusión y, poco antes de volver a aterrizar, hizo que Betsie extendiera sus alerones laterales de equilibrio. No le hacían la menor falta, pero ahora la nave parecía distinta.

Con respecto al cargamento y a sí mismo había tomado medidas: la carga de pantauras de sabor vulgar había sido sometida a un poco deseable tratamiento de calor. Ahora las pantauras se habían avinagrado y hedían considerablemente. Eran comestibles, sin duda, pero cualquier raza civilizada las habría juzgado poco apetitosas. Jonás confiaba en que los burtzios no fueran de esa opinión. Por su parte, se colocó sobre sus ropas el traje de vacío sin escafandra y, sobre la cabeza, se plantó unos cordones coloreados de algodón, a modo de los viejos mochos de fregona y a semejanza del penacho cefálico de los burtzios. Con esa pinta aterrizó en Ciudad Plu dispuesto a resarcirse del mal trato recibido. Descendió de la nave, tras solicitar permiso para aterrizar, y vio que una muchedumbre lo esperaba.

Con voz de pito, usando un falsete que no le irritaba demasiado la garganta, habló por el comunicador para su público:

-Me llamo Jasón Compotademoras, de la Tierra, y vengo a comerciar con los admirables burtzios. Os traigo pandurias –el traductor se esmeró en marcar la diferencia con el nombre original-, la novedad más exquisita del universo.

Los burtzios, usando su regüeldoso idioma, lo aclamaron extasiados:

-¡Viva Jasón! ¡Viva Compotademoras! ¡Bravo por las exquisitas pandurias!

Como la vez anterior, hubo discurso del alcalde, irreconocible en su nuevo aspecto. Lo llevaron a su residencia, aunque él dijo preferir volver a su nave Butsy y ellos no pusieron pegas. Lo invitaron a una fiesta, a la que Jonás acudió vestido con una enorme túnica púrpura y, aunque no encontró corona de laurel con que adornar su imperial aspecto, sí que se colocó sobre la cabeza una máscara de soldador. Su éxito fue apoteósico.

A la mañana siguiente se presentó la comitiva concejal a comprobar las pandurias. Jonás, precavido, los aguardaba en ropa interior, con pañoleta y gafas de sol. La nave estaba adornada con guirnaldas de colores.

-El hoy llamado Sonio Arándanosconmiel os da la bienvenida –proclamó Jonás, con la voz más grave que supo poner.

El saludo los dejó ya bien dispuestos a su causa y, cuando vieron las pandaurias, tan blandas y rezumantes, tan diferentes de las pantauras, con aquel sabor agrio y extraño, se deshicieron en alabanzas que se convirtieron en un magnífico coro de voces laudatorias.

-¡Todas, las queremos todas! –exclamó el alcalde hoy llamado Burppp, con sus penachos extralargos y su chepa prominente- Serán subastadas en la plaza hoy llamada de la Ventas Prodigiosas.

-Perfecto –concedió Jonás, relamiéndose ante los beneficios que esperaba-, pero debo informaros, admirables consejeros, que mañana os ofreceré el aún más delicioso helado pantutro.

Aquel anuncio los dejó aún más perplejos y admirados. Jonás, crecido ante el éxito de su táctica, había decidido maximizar sus

beneficios antes de marcharse. Tampoco iba a ser malvado. Estuvo tentado de venderles piezas rotas de Betsie o basura en porciones, pero le parecía demasiado cruel. Se limitaría a ganar lo máximo posible con su cargamento original.

La subasta fue increíble: una sucesión de eructos in crescendo que se interrumpían rápidamente cuando uno de los burtzios se quedaba un lote. Como aquel día tocaba el método descendente de subasta –el típico de zonas portuarias de la Tierra-, Jonás dijo un precio astronómico de salida y se sorprendió al comprobar que cada lote alcanzaba un valor increíble, que se hizo aún mayor cuando se anunció que los restantes eran los últimos. Para remate, los burtzios hicieron otra fiesta en su honor y Jonás asistió satisfecho, y rico con lo cobrado en créditos, oro y joyas. Allí cantó. Hoy, con su voz forzadamente ronca, los maravilló desafinando adrede entonando los temas más procaces y conocidos de la Galaxia.

Jonás se retiró de la fiesta antes de que terminara, con la excusa de que debía preparar los lotes de helado para la siguiente jornada. Los burtzios lo despidieron con un horrendo ululato de eructos de agradecimiento. Jonás quería dormir un rato, sabiendo que lo despertarían temprano. Sospechaba que aquellos seres hiperactivos no necesitaban el sueño como forma de descanso. Además, Jonás comprobó que las pantauras avinagradas habían quedado perfectamente congeladas en la cámara frigorífica de Betsie. Dio orden a la nave de que cambiara de nuevo su color y quitó los grandes alerones.

Por la mañana Jonás dijo llamarse Sajón y vestía mono azul de trabajo y llevaba sobre la cabeza un casco de metal. Ceceaba, mientras les anunciaba las exquisiteces que les iba a mostrar. Los burtzios se emocionaron hasta el extremo comprobando que el helado era frío y ácido, y lo aclamaron públicamente antes de celebrar la subasta. Hoy tocaba una puja ascendente. En ella los precios alcanzados por su helado pantutro fueron tan desorbitados como los de la víspera. Los burtzios quisieron invitarlo a una nueva fiesta, pero Jonás estaba cansado y tenía hambre de verdad –no deseaba seguir comiendo alimento burtzios que, aunque no le sentaran mal, no le aportaban nutrientes- y empezaba a sentirse culpable por haber

engañado a los alienígenas. Así que se despidió de ellos. Como le pidieron que cantase algo antes de despedirse, Jonás les dedicó una canción burlesca en la que, aprovechando el tono jocoso, les llamó de todo menos bonitos. El ceceo hacía que le costase no reírse, pero mantuvo el tipo y los burtzios lo aclamaron como un héroe con su coro de regüeldos.

El alcalde hoy llamado Pchmp, que se había decorado el cuerpo con copias de las guirnaldas que lucía la nave de Jonás la víspera, le comunicó que había sido nombrado patricio y alcalde honorario de Ciudad Plu, que tenía abiertas las puertas de su mundo para siempre, pues era el visitante más admirable y querido para los burtzios, que guardarían su recuerdo con placer en todos sus estómagos –Jonás interpretó que era el modo burtzio de decir que lo recordarían con afecto- y que esperaban volverlo a ver pronto con más sorpresas y diversiones. Jonás agradeció efusivamente las palabras del hoy llamado Pchmp y lanzó a la muchedumbre una lluvia de confeti de colores, desconocido para ellos, que los fascinó tanto como todo lo demás.

Jonás fue transportado en su litera hasta la nave. Subió a Betsie entre los cánticos de honor de la muchedumbre y se marchó de Burtz tan feliz como incrédulo. Gracias a aquellos tipos –no sabía si llamarlos idiotas, extravagantes, locos- había realizado el negocio del siglo. Tenía pasta suficiente como para permitirse unas vacaciones en una isla del mundo acuático de Flammarión, torrándose en la playa bajo el sol, junto a un cocotero y recibiendo atenciones de una infinidad de chicas bonitas. Sin embargo, pese a los enormes beneficios, no sentía muchos deseos de volver a pisar Burtz. No era porque se sintiera culpable. Bueno, no sólo por eso. Lo realmente malo era que se sentía estúpido y le aburría la rutina de pseudocambio que exigían los burtzios para no parecer aburrido.

¡Adiós, Burtz! El planeta se iba haciendo pequeño conforme Betsie, ya con su aspecto habitual, se acercaba al punto de salto. El hoy y siempre llamado Jonás Fresasconnata no esperaba volver a verlo nunca más en su vida.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA POESÍA ES ESTO

La débil llama de sueños agónicos
ante su muerte, inevitable y triste.
Pensamientos que dormitan afónicos
ocultos bajo el deseo que los viste.
Enfermos sentimientos supersónicos
simple ficción ante el miedo que embiste
ínsulas de hiel amargas como tónicos
ante la desazón que los reviste.
Encuentros continuos con la derrota
sintiendo punzadas en los costados
en noches eternas de bancarrota.
Sentimientos muertos, abandonados
tañendo las cuerdas de un arpa rota
ocupando folios emborronados.

Ignacio Barroso Benavente

TRASCENDENCIA

Temo que nos tomamos demasiado en serio. A nosotros mismos y nuestras intrascendentes actividades. Todo ha de tener un sentido, una razón de ser. Tendemos a magnificar nuestra importancia y la de nuestros actos. Porque, realmente, nada hay de verdaderamente trascendente en nuestras existencias. Somos, se mire como se mire, contingentes. En cuanto a duración, en cuanto a tamaño, en cuanto a efecto sobre el amplio universo. Y, por eso mismo, resulta particularmente extraño, casi ridículo, que cubramos con una pátina de sacralidad las actividades más peregrinas de nuestras peregrinas vidas.

Por ejemplo, muchos piensan, o pensamos, que el arte, la cultura, la ciencia, el trabajo, las obras de cada cual son verdaderamente importantes. Hasta cambiamos la expresión de nuestros rostros cuando nos referimos a tan imprescindibles actividades. Es más, si son obra o mérito nuestros, nos tomamos infinitas molestias para que quede constancia de nuestra autoría, como

si de ese modo nosotros mismos, y nuestra vida, se impregnasen de la munificencia inventada para la ocasión.

No digo que no haya que tomarse las cosas en serio ni desarrollar nuestra actividad con el mayor esmero y buscando el mejor de los resultados. Pero de ahí a convertirlos en obra sacra va un trecho.

Tenemos hermosos colores para pintar los acontecimientos, dándoles un brillo inmerecido que ilumine nuestras anodinas existencias. Como si, pasado el tiempo, alguien fuera a valorarnos por ellas. Como si el ser recordados por una obra o una actividad fuera sumamente importante, trascendente.

Y, en ocasiones, realmente en muchas ocasiones, parece que de lo que nos olvidamos es de, simplemente, vivir, como un suceso cotidiano que, por más milagroso que nos parezca, no tiene por qué ser realmente importante para el devenir del universo, ni siquiera el de nuestro entorno más inmediato. Y, lo siento, pero, en ese sentido de pretender ser esenciales, me temo que somos bien idiotas, quedándonos, justo, con lo de menos importancia.

A veces pienso que, en nuestro caso, se trata de una consecuencia de nuestras creencias, en particular las religiosas. Y se nota bien en el mundo cristiano.

Decimos que somos individualistas. Pero no lo eran menos los paganos del mundo grecorromano. También entre ellos había megalomaniacos que se creían ombligo del mundo, pero abundaban más los que se dedicaban a disfrutar la vida más que a firmar sus obras o pensarse importantes. Es como si no conocieran el sentido cristiano de la trascendencia vital. Se sabían contingentes y no esperaban demasiado del mundo de los volubles dioses de modo que, en vez de pararse a valorar la gran importancia de sus actos, los ejecutaban como parte de sus vidas. Hay cientos de esculturas de las que no conocemos el autor, otros tantos edificios anónimos y hasta grandes filósofos que no se molestaron en dejar su obra por escrito. Tampoco lo hizo Jesús, y eso que sus sucesores nos obsesionamos con asegurar nuestra trascendencia pese a la supuesta creencia en otra vida eterna y mejor.

Y hoy en día ya no sólo nuestros artistas o pensadores se esfuerzan en parecer grandes ante los demás, también los famosillos desean su instante de gloria, por perecedera que sea. Y hasta parece que deseamos usar la globalización para exportar este sentimiento trascendente, y trágico, de la vida al resto del mundo.

Lo que hacemos es bien valioso. El gran don de la Creación debe ser protegido. Y en eso se esmera nuestra amada Sociedad de Autores. Todos los creadores, yo mismo, desearíamos obtener grandes beneficios por nuestras "valiosas" obras. Y renegamos de los piratas que nos hurtan ese valor sin compensarnos. Pero no me cabe duda de que, si uno está a punto de morirse, desearía antes que todo el mundo se copiase sus obras sin pagar y seguir presente en el mundo antes que aferrarse a esos trascendentes derechos de autor y desaparecer en el limbo de los autores olvidados. Cuando uno se muere, nada queda de la pasta, ni del trabajo, ni de los afectos nada más que a través de los que nos conocen, conocieron o conocerán. ¿Dónde queda entonces la gran trascendencia de todos nuestros actos?

Supongo que si existe alguna clase de divinidad con sentimiento de ridículo y vergüenza ajena no podrá evitar sonreírse cada vez que nos observe.

Juan Luis Monedero Rodrigo

No es tan fácil ser necio a conciencia como alguno cree. A mí me supone considerable esfuerzo cada día. Quienes lo logran de natural y sin esfuerzo poseen un considerable, y minusvalorado, talento.

El temible burlón

ORO NEGRO

Mis vastos conocimientos enciclopédicos, equiparables, poco más o menos, al contenido de Internet, me permiten abarcar todos los conocimientos del universo visible y aun los del ignoto y es por ello que, humildemente, decidí fijar mi atención zoológica en el interesante mundo del filo mollusca para investigar, particularmente, los hábitos

secretores de los simpáticos cefalópodos, concretamente los de diversas especies de sepias y calamares.

Ya comenté en estas páginas alguna otra investigación referida a los berberechos, realizada en mis tiempos mozos, pero en esta nueva incursión en el mundo de tan interesantes invertebrados, mi afán que, en principio, era meramente investigador, se tornó especulativo y, finalmente, poseído por espíritu ingenieril y comercial, se tornó de índole práctica.

Ocurrió que, mientras realizaba exhaustivos análisis sobre anatomía, metabolismo, fisiología, etología, comunicación, motilidad, sexualidad y gramática entre los cefalópodos, tuve la idea de llevar a la práctica un proceso nunca hasta ahora intentado.

No voy a decir que mi nueva idea sea tan importante como mis sesudos estudios zoológicos ni que la aplicación práctica tenga mayor trascendencia que el desarrollo de tratamientos veterinarios para nuestros tentaculados objetos de estudio, pero sí que, para mí y para el general de los mortales, este nuevo avance por mí propugnado, proporcionará grandes satisfacciones, pecuniarias en mi caso y gastronómicas para el vulgo.

Por lo que he llegado a saber, no es práctica común la cría de calamares en cautividad y no abundan, por no decir que apenas si existen, los tratados sobre mejora genética y selección entre los de tales especies. Sin embargo no iba a ser tal abismo de desconocimiento el que me detuviera a la hora de llevar a la práctica mi sencilla y genial idea.

Necesitaba para ello fundar una pequeña granja de calamares, pero no era mi objetivo la reproducción a mansalva, con su sucia mezcla de huevos, fluidos y hormonas, por parte de tan escurridizas criaturas. Me bastaba con aislar unos cuantos miembros interesantes de la especie para convertir en realidad mi sueño cefalópodo.

No digo, entiéndaseme, que no sea un gran avance la cría en cautividad de moluscos de casi toda la clase al completo, tal vez con exclusión de argonautas, nautilus y algún que otro cefalópodo abisal de aspecto desagradable y escasas virtudes gastronómicas. Me planteo, de hecho, el mejorar mi técnica de explotación para lograr la cría en cautividad, producción en cadena y envasado tras ultracongelación de

los ejemplares obtenidos. Sería un negocio de mayor interés, sin duda. Aunque el hecho de fomentar la libidinosidad de los animalitos me frena un tanto en la medida en que aún no he logrado volver los encuentros más asépticos, castos y puros, con mero afán procreativo y sin mediar miradas de deseo entre los animales ni obscenos cambios de color durante los encuentros.

No obstante, lo principal de mi proyecto ya ha sido ejecutado. He logrado mantener una población de cinco calamares adultos en cautividad durante ocho días completos. Para ello me he valido de la tecnología más avanzada y de mi amplia experiencia como cunicultor y criador de caracoles, no en vano pertenecientes al mismo grupo invertebrado.

En un acuario de gran capacidad, próximo a los cincuenta litros, he colocado las cinco criaturas de experimentación. La alimentación ha sido en base a exquisitas harinas de pescado y pequeños *gammarus*, propios de la alimentación de quelonios. La aireación se ha hecho por bomba de aire y la limpieza mediante filtro de motor.

En todo caso, la perla de la investigación no han sido tan rudimentarios artificios, sino mi portentoso "ordeñador de *loligos*", mi gran creación mecánica para la ocasión.

Porque he de confesarles, mis curiosos y admirados lectores, que la piedra angular de mi proyecto consistía en lograr la extracción sistemática de tinta de calamar sin tener que sacrificar a los animales productores. Como pueden imaginar, el negocio es magnífico y los beneficios no tendrán parangón en el mundo de la piscicultura porque, ¿a quién no le gusta la tinta de calamar? A nadie, obviamente. Y, siendo la principal limitación en su consumo la falta de producción, basta con aplicar mi ordeñador para multiplicar las dosis emitidas por los animales productores Mi ordeñador es capaz de realizar, a un tiempo, dos funciones inestimables. De un lado, asusta al calamar, obligándole a expulsar un chorro de tinta y, por otro, absorbe el material para su envasado y comercialización.

Permítanme que me sienta orgulloso de mi obra. Ahora puedo obtener tanta tinta cuanta quiera. Cuando extienda mi explotación y haga crecer el negocio, lograré una producción de tinta suficiente

como para inundar el mercado. Puedo imaginar que ya no serán sólo los calamares, el arroz o la pasta los que se sirvan con tinta. Filetes, verduras, frutas, pasteles, leche. ¡Cualquier producto alimenticio podrá impregnarse de la deliciosa mezcla! Y si consigo la cría en cautividad, el éxito será aún mayor.

Si alguien está interesado en una cata de alimentos "a la tinta" que se ponga en contacto con la redacción y se le informará de la degustación que, en breve, brindará mi socia colaboradora, doña Nicolasa de la Olla, con motivo del inicio de nuestro próspero negocio.

En ocasiones me sorprendo a mí mismo con mis incomparables dotes, mi mente preclara y mi innegable genialidad.

Gazpachito Grogrenko
(investigador e ingeniero calamaril)

EL SEGUNDO PRINCIPIO

Voy a hablar de física, no de la vaga idea de un nuevo comenzar. Voy a hablar de energía, de la entropía, el segundo principio de la termodinámica.

La Tierra, como planeta, es un sistema esencialmente cerrado, y paso a definir. Sistema cerrado es aquél que intercambia energía con su entorno pero no materia. En rigor, sí hay intercambio de materia: caída de meteoritos o cometas, pérdida de gases hacia el espacio, pero las cifras de este intercambio son, básicamente, despreciables.

El segundo principio de la termodinámica, por su parte, afirma que en un sistema aislado, es decir, aquél que no intercambia materia ni energía con su entorno, la energía tiende a degradarse hasta que no puede utilizarse para ningún fin. La energía no se pierde, sólo se transforma. Éste es el primer principio, archiconocido, de la termodinámica. Pero eso no significa que siempre dispongamos de la misma energía, sino que la cantidad no varía pero sí lo hace su disponibilidad, su concentración y su orden. Cuando la energía se dispersa, deja de ser útil y con ello es como si se hubiera perdido. A la dispersión de energía y el aumento de desorden del sistema se le llama entropía y, por ello, el segundo principio de la termodinámica se llama de la entropía.

Pues bien, en un sistema apenas abierto como la Tierra la cantidad de energía disponible en cada momento depende de las ganancias y las pérdidas, habiendo un máximo de energía útil disponible que depende, fundamentalmente, de dos términos: la liberación de calor por parte de la propia Tierra debida, sobre todo, a los fenómenos radiactivos, y la energía del Sol que nos llega a través del espacio. Artificialmente el hombre puede hacer trampa, forzando las reacciones nucleares o quemando combustibles fósiles pero, a efectos prácticos, eso sólo acelera la degradación de la energía.

Habrá quien piense que he hablado sólo de física y, sin embargo, lo dicho también es aplicable a la química, la biología o la economía que nos gobierna.

Pues bien, debería ser obvio indicar que la vida de todos los seres que habitamos la Tierra depende de esos dos términos energéticos, sobre todo de la luz solar. Y debería ser igualmente obvio indicar que las actividades humanas, puesto que se desarrollan sobre la Tierra, también dependen de las limitaciones de la energía.

Sin embargo, nuestro mundo moderno y capitalista, el de la globalización y el crecimiento al infinito, se olvida de dicho principio o pretende burlarlo con diferentes variantes del arcaico "Dios proveerá". Lo malo es que, salvo improbables milagros, la cantidad de energía disponible para nuestro transporte, nuestras fábricas, nuestra agricultura, es muy pero que muy limitada. Y esto convierte las teorías económicas al uso en un completo sinsentido. No podemos pretender que para que nuestro mundo funcione debamos gastar cada vez más, producir más o derrochar en mayor medida. Esto sirve mientras el sistema aguante, cosa que ya no hace correctamente. Pero, desde luego, es por completo inviable como método de trabajo indefinido. De ahí el concepto de sostenibilidad con el que, me temo, los políticos nos engañan y los industriales se limpian el trasero.

Habrá que producir mejor, dilapidar menos, optimizar recursos. Es la única vía de futuro para la economía, por más parches que le queramos poner, o a las sucesivas crisis parciales les sucederá la definitiva, muy semejante al famoso "en cien años todos calvos".

No se trata de ser agorero o pesimista, tan sólo de aplicar las leyes básicas que parecen regir el universo o, al menos, la parte del mismo que nos resulta accesible.

Habrá quien piense que, pese a lo dicho, he hablado, mayormente, de física. Es cierto. Pero, ¿acaso no es la economía una minúscula parte de la física? Les guste o no a muchos encopetados economistas, empresarios y políticos, me temo que sí, y que no hay nada que puedan hacer para evitarlo y sí mucho por inventar para que esa pequeña derivación se atenga a los principios básicos de su ciencia madre.

Aún podría añadir, rizando el rizo de mi razonamiento, que otro gran enemigo del capitalismo al que nos entregamos sin pensar es la teoría de la relatividad. Ésta, por extraño que suene a muchos oídos, también impone limitaciones al soñado crecimiento hasta el infinito. Si los mercados pudieran expandirse fuera de las limitadas fronteras de nuestro mundo, tan machacados ya sus recursos, hacia otros lugares allende el espacio exterior, los augures del crecimiento hasta el infinito como modo de estabilizar la economía y mejorar los beneficios aún tendrían una vía de escape, no eterna pero sí extraordinariamente duradera. A escala humana el universo es tremendamente grande. Pero, ay amigo, según la relatividad, las velocidades de desplazamiento también están tremendamente limitadas, siendo la máxima la de la luz que, por enorme que nos parezca, es minúscula dadas las inconcebibles distancias que separan los diferentes objetos de la galaxia y las propias galaxias. Así que, mientras nadie sea capaz de esquivar este nuevo inconveniente, más nos vale cambiar de sistema de producción o superaremos la capacidad energética de nuestro planeta hasta el punto de que nuestra economía quiebre definitivamente.

No confío mucho en que nuestros gobernantes sean capaces de mirar el futuro que nos espera y corregir el rumbo de la humanidad pero, sinceramente, ¿cómo puede resultar tan difícil comprender que las ciencias humanas no pueden basarse en contradecir tan abiertamente las leyes básicas de la física?

Juan Luis Monedero Rodrigo

DIVIDE Y VENCERÁS

Durante los últimos años me han parecido admirables los intentos de nuestra televisión patria por devolver al concurso de los concursos musicales del planeta al lugar de privilegio que siempre debió ocupar en los salones de nuestras casas frente al televisor. Me refiero, cómo no, a la inigualable Eurovisión donde las patrias compiten por la gloria mientras los televidentes permanecen anclados en sus asientos, absortos, presos del nerviosismo y la emoción.

Sin embargo, nuestros representantes en el evento no han sido capaces en ningún caso de recuperar el brillo de la competición a través del éxito en la contienda.

Es cierto que nuestras canciones han sido terribles en la mayoría de las ocasiones y, pese al pundonor o la voz que los cantantes les han brindado, han carecido por completo de opciones al triunfo final.

Pero no hemos de culpar sólo a los compositores y cantantes por nuestro fracaso. También, y sobre todo, ha sido culpable la nefasta democratización del concurso. ¿Qué es eso de que sea el público inculto el que vote cada tema? Hemos asistido a bochornosos espectáculos como las llamadas o los envíos de mensajes por medio de móvil, con los que los gestores de Eurovisión y las diferentes cadenas han hecho su agosto en lo económico, destruyendo, por el camino, toda la magia del evento.

Qué tiempos aquellos en los que un jurado lúcido y experto asignaba las puntuaciones sin verse condicionado por ningún afecto o la simple falta de criterio.

Pero de nada sirve vivir en el pasado. Los nuevos tiempos de la Eurovisión no tienen vuelta atrás. Y a la democratización en los votos la ha acompañado la invasión de nuevas naciones tras el desmembramiento de los diabólicos regímenes comunistas. Lo que, por una parte, ha sido una bendición para las huestes cristianas y capitalistas, por la otra nos ha traído toda una cohorte de paisillos amigos que se mueven, en lo referente a sus votos, por afinidades eslavas o escandinavas, de modo y manera que las grandes potencias musicales de todos los tiempos, con la nuestra, cómo no, a la cabeza, han quedado relegadas a un mero papel de comparsas, pues no tienen ninguna opción de lograr el triunfo final. De poco nos sirve recabar un

par de votos de nuestros vecinos lusos y andorranos. La suerte está echada de antemano y siempre ganará un país nórdico o uno de la órbita ex-soviética. Independientemente de sus calidades musicales, que, la mayor parte de las veces, brillan por su ausencia.

Bien que formamos parte de la unión europea, pero no hemos olvidado los viejos rencores, particularmente intensos contra la memoria de nuestro viejo glorioso Imperio. A la hora de votar nunca nos votarán en bloque, como hacen todos esos amiguitos étnicos y raciales.

Por ello, y porque de algo nos habría de servir este absurdo régimen de taifas en el que vivimos, propongo que la participación de nuestro país en Eurovisión se haga no como patria y nación, sino como autonomías, de las que contamos con diecisiete y hasta podríamos incluir diecinueve si contamos por separado con las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla y enviamos representantes de las mismas, como se hace en los concursos de mises.

Deberíamos copiar a los pérfidos hijos de Albión que, estúpidamente, dividen sus huestes para las competiciones deportivas, disgregando las fuerzas de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda del Norte para así privarse de potencial. Nosotros dividiríamos nuestras fuerzas, sí, pero con el único objeto de sumarlas. Poco importaría entonces la calidad de nuestras canciones o el número de nuestros votantes allende nuestras fronteras. Bastaría con mantener nuestros votos, los de las diecisiete comunidades, para las canciones hispanas. Quizá habría, después de todo, alguna buena entre ellas a la que votar masivamente. Si no, bien podría alcanzarse algún tipo de acuerdo y que cada año fuera una comunidad la triunfadora. Distintas comunidades pero siempre la misma patria refulgiendo entre todas las naciones de Europa. Que se voten entre ellos los eslavos y los nórdicos, a nosotros qué más nos dará. Salvo que establezcan entre todos los países alianzas sería harto complicado que perdiéramos alguna votación si nos mantenemos unidos en los votos. Y sería, no ya extraño, sino milagroso que nuestros vecinos europeos se votasen entre sí de tal modo. Hay demasiadas rencillas, muchos odios históricos que no se superarían por una canción. Si votasen expertos, aún se dividiría el voto, pero si es por

aclamación popular o un jurado del tres al cuarto, volveremos a vencer en Eurovisión. Como debe ser.

Por favor, que esta gran idea no caiga en saco roto. Apoyadme y venceremos. Diecisiete canciones y un solo triunfador: el glorioso pueblo hispano.

Narciso de Lego
(protector de las artes patrias y portaestandarte del orgullo hispánico)

AMOR IDIOTA

Si hablamos de estupidez con alevosía es difícil encontrar al justo capaz de arrojar la primera piedra. Posiblemente no haya nadie en el mundo que pueda decir que no ha hecho alguna necedad en su vida y la haya exhibido con orgullo ante la parroquia. Bien que, en ocasiones, uno se da cuenta del error y tiene toda la vida para avergonzarse. Siempre habrá madres, parientes, amigos o enemigos –es en ésta en una de las pocas ocasiones en la que se pondrán de acuerdo los unos y los otros- para recordárnoslo.

Hay estupideces muy extendidas: las que nacen de la ignorancia, las que surgen de la soberbia, de la cabezonería. Necedades sociales, deportivas. Abominables reuniones familiares o de empresa, insufribles mentecatos televisivos, hinchas garrulos y vociferantes. Pero también miles, miríadas, millones de enamorados cometiendo las mayores necedades ante el beneplácito de la mayor parte de esa humanidad que siempre desea pillar al prójimo en renuncio para afearle su conducta.

¿Por qué somos tan tolerantes ante la estulticia babeante de los enamorados? Quizá porque la situación del enamorado, tanto del correspondido como, aún peor, la del no correspondido, nos enternece más que las otras. Porque todos, o casi todos, hemos pasado por trances vergonzantes o exhibicionistas a costa del amor. Porque hemos hecho las mayores locuras por amor. Porque sabemos que, si uno se enamora de veras, el sentido se le escapa de la mollera. En ocasiones de forma transitoria, aunque se sabe de casos en los que la chaladura ha durado toda la vida. Sabemos que la parte de la cabeza

que llamamos corazón pierde el sentido, la mesura, el amor propio, la vergüenza. Sea por hormonas, por pensamientos obsesivos, por euforia, por desidia respecto del resto del mundo, hacemos el imbécil sin remedio y de la manera más bochornosa posible. De modo impensable en situación normal pero, pese al reconocimiento a posteriori del error, apenas sin mostrar signos de arrepentimiento por el pasado. Salvo en aquellas ocasiones en que los antiguos enamorados terminan tirándose los trastos a la cabeza y entonces, con saña, recuerdan en público y en privado las necedades de la expareja. En los demás casos parece que toleramos la estupidez, la locura, la oligofrenia incluso de los enamorados. Y hasta se nos puede contagiar, momentáneamente, la cara de bobos de los tortolitos mientras los observamos. Y entonces no nos parece, salvo que el embelesamiento sea demasiado escandaloso, que ellos ni los que los miran, incluidos nosotros mismos si se da el caso, sean patéticos.

Nos parece bonita la tontería de los enamorados, tierna, dulce, envidiable. Realmente da la impresión de que, si nos lo proponemos, podemos ser verdaderamente tontos. Y de forma alevosa.

Sólo se me ocurre una situación semejante, en cuanto a estupidez concertada y admitida, que es la del adulto haciendo cucamonas a los bebés, los niños pequeños y hasta a ciertas mascotas. ¿Por qué será que nos enternecemos ante tales demostraciones de afecto? Será la naturaleza humana, con su falta de neuronas y razón, su exceso hormonal y emotivo o, simplemente, lo que dicta la costumbre y nos lo hace parecer normal y hasta admirable.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA OSAMENTA

Presentemos, en primer lugar, a los protagonistas de la historia:

Alfredo Fuentes, estudiante de medicina, niño bien, brillante en la memorización, falto de iniciativas, más asustadizo que bromista. Lerdo.

Bermudo Vaqueriza, perpetuo estudiante de ingeniería industrial, hábil mecánico, nulo matemático, juerguista impenitente, tan bromista como falto de escrúpulos. Lerdo.

Relación: amigos del alma y compañeros de piso.

Nuestra historia comienza cuando Alfredo le comenta a su buen amigo Bermudo que su tío Lorenzo va a retirar de la consulta de su clínica particular el viejo esqueleto del bisabuelo. No es que los huesos pertenecieran al ilustre médico don Nemesio Ortiz y Puertas, bisabuelo por parte de madre de nuestro amigo Alfredo. El caso es que el tal esqueleto, perteneciente, por lo visto, a un indigente, fue adquirido a buen precio de la facultad de medicina por el fundador de la saga galénica familiar para colocarlo en el despacho de su clínica recién fundada, de la que es digno heredero el tío Lorenzo y en la que el torpe Alfredo confía en poder trabajar algún día no muy lejano, siempre que sea capaz de irse quitando del medio las asignaturas que aún tiene pendientes y logre hacer una especialidad con la que dar lustre a su hasta ahora mediocre expediente.

El tío Lorenzo, en aras de la modernización, quería deshacerse de la reliquia ósea que siempre había presidido, durante casi un siglo, la clínica de la familia. A Alfredo le pareció buena idea que su querido Pepito, he aquí el nombre con el que se conocía el anónimo esqueleto entre los Fuentes, reposara en su cuarto de estudio del apartamento compartido en vez de ser donado a algún museo, depositado en un vertedero o meramente destruido. No se pasó por la cabeza de aquella gente el darle cristiana sepultura o, simplemente, enterrarlo en cualquier terreno baldío. Como miembro repudiado de la familia, a Pepito no se le auguraba un feliz porvenir hasta que intervino Alfredo, decidido a salvarlo y a decorar su cuarto con una figura que proclamase a los cuatro vientos su actual ocupación de aprendiz de médico.

Sin embargo, sería la inestimable colaboración de Bermudo la que convertiría la reliquia en objeto de actualidad y proporcionaría a los restos del cadáver días más gloriosos que los que pudiera vivir su propietario antes de verse privado del aliento y el esqueleto. Al estudiante de ingeniería, cuando Alfredo le comentó su idea de instalar el esqueleto, con sus gastados huesos, en el cuarto de estudio, no se le ocurrió quejarse y protestar porque le pareciera repugnante, morboso o tétrico. Al contrario, animó a su amigo a completar la decoración de la sala colocándole a Pepito, a modo de

broma, un sombrero de ala ancha, una chaqueta vieja y una corbata. Si no le colocó zapatos fue porque Alfredo se opuso, temiendo que los delicados metatarsianos pudieran romperse y desprenderse de la preciada reliquia. Alfredo se mostró feliz con la adquisición, pero Bermudo, no contento con la sacrílega profanación perpetrada en los vetustos restos, tuvo la brillante ocurrencia de convertir en auténtica diversión aquel objeto decorativo. Y así se lo hizo saber a su amigo sin dejar de ponderar, obviamente, las innumerables ventajas de llevar su plan a la práctica. Alfredo, tan irrespetuoso como su amigo y mucho más dócil e influenciable que él, se opuso al plan tan sólo durante el tiempo que Bermudo tardó en tacharlo de aguafiestas y pusilánime. Ambas características, profundamente enraizadas en el débil carácter de Alfredo, no le impidieron participar activamente en la ejecución del plan ni sentirse orgulloso tras su materialización y puesta en práctica.

La idea era colocarle un motor y unos servomecanismos a la osamenta de modo y manera que, convertido en máquina, pudiera moverse y desplazarse, para espanto de testigos viandantes y diversión de bromistas desocupados.

Bermudo, hábil con los aparatos, conocía bien el mundo del modelismo. Desde niño se había interesado por las maquetas y pronto decidió añadir el movimiento a las piezas de construcción, por lo que empezó a montar pequeños motores eléctricos en sus artefactos y más tarde, sobre pequeños coches y aviones, motores de gasolina. Asimismo, instalaba los servomecanismos necesarios para controlar los movimientos y los sistemas de radiocontrol. Quizá fue ese interés por la mecánica de sus modelos lo que lo decidió, para orgullo de sus padres y posterior fastidio de todos, a estudiar ingeniería industrial.

Alfredo resultó fácil de convencer. En pocos días, ambos amigos se pusieron manos a la obra. Los problemas técnicos se presentaron casi de inmediato. La bromita iba a ser más complicada de llevar a cabo de lo que habían previsto. Por una vez tuvieron que trabajar duro y exprimirse sus oxidadas molleras para obtener los resultados previstos. Por una vez en sus vidas, parecían científicos de verdad. Se ve que, como algunos dicen, la motivación hace auténticos milagros.

En principio, la idea era colocarle un motor eléctrico a Pepito. El problema residía en la autonomía, el peso y la potencia. Cualquier batería capaz de mover el esqueleto era demasiado voluminosa y pesada como para resultar efectiva. Aun cuando la colocasen dentro del hueco de la caja torácica, el peso derrumbaría la obra, a menos que reforzasen completamente cada hueso y cada articulación, lo que resultaba tan complicado como prohibitivo para sus limitadas economías. La solución parecía colocarle un pequeño motor de gasolina o alcohol, pero aquello tampoco parecía buena idea. No sólo porque un esqueleto humeante y con olor a combustible resultaba más ridículo que amedrentador y nada convincente sino porque, a efectos de la dinámica del autómata, resultaba más difícil ejecutar el juego de bielas y poleas. Como, pese a todo, vieron que había que reforzar el esqueleto, terminaron decantándose por la primera opción, tras haberla desechado inicialmente. Como acumulador, por ahorrar precio y peso, decidieron utilizar unas cuantas baterías viejas de móvil que, adecuadamente cargadas y unidas, ocupaban menos espacio, costaban menos –casi todas fueron recicladas de viejos aparatos propios o de compañeros- y reducían el peso del armatoste, lo cual compensaba por la pérdida de potencia. Con respecto a los refuerzos de brazos, piernas y columna vertebral, emplearon finas barras de aluminio. El acero, más barato, quedaba descartado por su sobrepeso. La madera igualmente, por su fragilidad. Lo más adecuado habría sido utilizar fibra de carbono o algún plástico lo bastante rígido pero, al final, se decidieron por el aluminio porque resultaba más fácil de conseguir y manipular, así como considerablemente más barato que cualquiera de las opciones ideales. Obviamente, a ninguno se le ocurrió sugerir materiales como el titanio o el magnesio.

Con todo, Pepito quedó la mar de aparente. Si uno se fijaba bien, se podían ver el motor y las pilas dentro del pecho aunque, para disimular el mecanismo, recubrieron todo el interior del costillar con papel de envolver blanco. También el aluminio fue lacado, aunque, al comprobar el contraste entre el blanco impoluto de los aditamentos y el color gris sucio de los huesos, los dos artífices decidieron envejecer, por el procedimiento del ensuciado y desgaste, las barras,

y sustituir el papel blanco por papel de estraza gris que, con poca luz, llamaba menos la atención.

Para rematar la faena, montaron a Pepito sobre una plataforma con ruedas que iba a ras de suelo. La habilidad de los constructores no llegaba para imitar los movimientos de las piernas y que, además, éstos fueran funcionales. Si Pepito había de apoyar todo su peso sobre una pierna, la batería no iba a durar ni un minuto y la estabilidad del muñeco brillaría por su ausencia. Además de que controlar la dirección de un carrito con ruedas era mucho más simple que la tracción de un bípedo. De modo que, convencidos pero no satisfechos, colocaron a Pepito sobre el soporte, clavado a la base por la barra que luego recorría la columna y con piernas y pies libres para bambolearse torpemente al ritmo programado.

La parte más difícil ya estaba hecha. Bermudo instaló el transmisor y los servomecanismos y se pasó unas cuantas horas comprobando su funcionamiento. Ya sólo quedaba realizar la prueba definitiva, que fue aplazada, con afán festivo, para la noche del sábado siguiente.

El estreno contó con un espectador de excepción que actuó como juez casi imparcial de la eficacia del robot. Se trataba de su amigo Lauro, otro tarambana más atento a la diversión que a los estudios aunque, nominalmente, estaba preparando unas oposiciones a notaría tras pasarse años ganduleando hasta terminar, por aburrimiento o pena de los profesores, la carrera de derecho.

Alfredo y Lauro se encargaron del trabajo manual. Como improvisados mozos de cuerda, cargaron con el carrito y con Pepito, cubierto por una sábana vieja, que cualquiera habría tenido por fantasmagórica caso de sospechar su contenido, hasta la calle donde se iniciaba el parque. Habían escogido esa calle por ser un lugar transitado pero, a la vez, lo bastante oscuro como para que los transeúntes no vieran los entresijos del montaje. Era noche cerrada y las escasas farolas del parque estaban entre sí lo bastante alejadas para que nadie viera cómo colocaban a Pepito y su plataforma en el suelo y retiraban la sábana dejando al esqueleto al descubierto. Entonces actuó Bermudo, que era el responsable de la parte técnica y de la propia representación. Los tres amigos se colocaron tras unos

arbustos, en completa oscuridad. Bermudo encendió el radiotransmisor, uno viejo de sus tiempos de aeromodelismo, y con él a Pepito. Hubo un leve chirrido y luego un continuo siseo, lo bastante suave para que nadie que no estuviera avisado se fijara en él. Si algún incauto de oído fino se daba cuenta del silbido de Pepito seguramente no lo achacaría a sus mecanismos sino al propio suceso paranormal que tan insospechada aparición quería emular.

-Ahora, ahora –le animó Alfredo, dándole un leve codazo al ver que, de lejos, se acercaba una pareja de jóvenes acaramelados.

Bermudo estaba dispuesto para afrontar el desafío. Cuando los enamorados se acercaban a su sitio en sombras, en mitad de dos farolas, envió a Pepito al borde del camino por donde pasaban, dispuesto a cruzarlo por delante de sus narices, aunque a una distancia prudencial. Al ver que los jóvenes se asustaban, después de reparar en aquel esqueleto andante, Bermudo se creció y lo hizo bailar y dar vueltas ante ellos hasta que ambos, llevados por el pánico y sin manifestar ninguna curiosidad o sospecha, salieron corriendo por donde habían venido, renunciando a atravesar los dominios de Pepito.

Esa misma noche, los tres desaprensivos asustaron a una vieja con su perrito, dos niños despistados y un trabajador que volvía, agotado y con uniforme, de algún tajo cercano.

Los tres "héroes" regresaron eufóricos a su guarida con Pepito envuelto de nuevo en su funda. La celebración, con juerga alcohólica incluida, duró hasta altas horas de la madrugada. Pepito había aprobado con matrícula, a juicio de Lauro y los dos creadores, y en su conversación menudearon los planes de futuro, las burlas y los constantes alardes sobre su genio superior. Pepito, naturalmente, se abstuvo de opinar, al menos en voz alta.

El domingo repitieron el juego en el mismo lugar, aunque permanecieron menos tiempo pues Alfredo debía madrugar para presentarse a unas prácticas al día siguiente, temprano. La lista de víctimas se incrementó, no obstante, en tres incautos más.

El lunes, en el periódico local, apareció una nota marginal con un testimonio que afirmaba haber visto un esqueleto deambular por el parque. ¡Éxito total!, interpretaron los tres bromistas.

Entre semana, la cuadrilla sólo hizo una función, el miércoles al caer la tarde. En realidad pretendían que la diversión fuera sólo de fin de semana, pero Lauro decidió que deseaba pasar de testigo a colaborador de peso y se presentó el martes con un bote de pintura fosforescente, un tinte blanco verdoso que brillaba en la oscuridad. Los tres amigos pintaron de arriba abajo su criatura y la dejaron secar. De paso, tuvieron que frotarse enérgicamente las manchas que les habían quedado en las manos y la cara. Las de la ropa permanecieron como prueba de su travesura. Al menos quedó claro por la noche que la pintura funcionaba. En la oscuridad del cuarto Pepito brillaba como un objeto de discoteca.

-La verdad es que acojona lo suyo –sentenció Bermudo.

Al día siguiente, con su esqueleto luminoso, los tres regresaron al parque. Estaba casi vacío. Entre semana y con frío pocos eran los que se aventuraban a pasear por allí. Con todo, una vieja con perro tuvo ocasión de contemplar el prodigio y echar a correr como gacela, aun a riesgo de romperse o sufrir un infarto, lo cual no despertó la piedad de los tres guasones sino su sonora carcajada, contenida mientras estaba presente y liberada ruidosa y abruptamente en cuanto que se perdió de vista.

El jueves no hubo, sin embargo, nota en la prensa.

El viernes sí que había gente. Demasiada. Les costó hallar un lugar donde instalar el espectáculo de Pepito sin que lo vieran. Pero fue un auténtico éxito. Lástima que un grupo de muchachos que echó a correr se lo pensara mejor y regresara con afán exploratorio. El trío calavera y el esqueleto ambulante tuvieron que hacer mutis por el foro con la mayor discreción posible y, pese a la favorable acogida de la representación, retirarse sin saludar al público y en el mayor anonimato.

El periódico del sábado traía un breve artículo acerca de la misteriosa aparición. En este caso se señalaba el novedoso y deslumbrante detalle del brillo "fatuo", así se denominaba en la reseña, del esqueleto, "supuesto espectro", según la crónica.

El sábado por la noche les fue imposible montar el número en el parque. Tuvieron que buscar otro lugar, una calleja solitaria por la

que sólo pasaron dos borrachos, que se sujetaban entre sí, y que se rieron del esqueleto casi tanto como los creadores de la obra.

A partir de ese instante se hizo necesaria una mayor discreción. Por el día, cuando caminaban por la ciudad, los tres gamberros buscaban un lugar propicio para su exhibición nocturna. Aunque, inefablemente, al día siguiente, puesto que la noticia se extendía cada vez más, un público ansioso de lo paranormal o meramente curioso les imposibilitaba repetir el montaje. Con todo, las risas estaban aseguradas.

-Entre cagaos y gilipuertas no sé qué resulta más divertido –aseveró, sentando cátedra según su costumbre, el bueno de Bermudo.

Sin embargo, sus días de gloria estaban a punto de tocar a su fin. En dos semanas, el número de incautos de su lista había llegado a la bonita cifra de ciento uno. La notoriedad del fenómeno había llevado la noticia a la primera página del periódico local, aunque sólo se tratara de un breve artículo sin foto que remitía a páginas centrales, donde se podía contemplar o más bien vislumbrar la única foto del "ente": un borrón luminoso captado torpemente y con mano temblorosa con un teléfono móvil.

La víctima ciento cinco no llegó a producirse.

Aquella noche, el último sábado de diversión, los tres amigos se buscaron un pasadizo próximo a una antigua galería comercial, con tan pocas luces como tiendas conservaba en funcionamiento. Enfrente había unos bloques de pisos y, al otro lado, unos cuantos árboles junto al muro que bordeaba la acera. Los incautos que salían del pasadizo oscuro a las sombras del exterior se topaban de morros con Pepito bailando ante ellos y echaban a correr de vuelta al túnel. Así sucedió con tres tipos que siguieron ese camino. Todos hombres jóvenes, todos ágiles en la carrera y sólo uno lo bastante curioso para volverse a asomar cuando ya el esqueleto había sido convenientemente ocultado. Pero, cuando Bermudo fue a poner en marcha a Pepito por cuarta vez en la noche, algo no funcionó como debía. El esqueleto no respondió a las órdenes del transmisor. Sí que se puso en marcha pero, siguiendo una voluntad que parecía propia, empezó a girar alocadamente antes de lanzarse a toda velocidad contra sus

creadores. Al principio, Alfredo y Lauro increparon a Bermudo, como si aquello fuera cosa suya y parte de la broma pero, cuando le vieron forcejear, comprendieron que algo iba mal.

-Apágalo y mirémoslo –dijo Alfredo, siempre el más temeroso.

Esta vez Bermudo no consideró aquel comentario como propio de aguafiestas sino que se esmeró en cumplir la orden al pie de la letra. Pero Pepito no respondió. En vez de detenerse, giró de nuevo sobre sus esqueléticos y luminosos talones y pegó con la mano un bofetón en plena mejilla de su diseñador. Bermudo quedó blanco como el papel. Su palidez resaltaba incluso en las sombras de su escondite. Quizá fue la inercia del giro pero, a todas luces, pareció un movimiento voluntario e intencionado, y así lo interpretaron los cada vez más confusos juerguistas. Primero sorprendidos y luego cada vez más asustados, vieron que Pepito se balanceaba hasta casi perder el equilibrio, haciendo chirriar sus engranajes como si el esqueleto quisiera escapar de la base a la que estaba unido. Los brazos se alzaron amenazadores y hasta dio la impresión de que las vacías cuencas oculares lanzaban amedrentadoras miradas a sus espantados creadores. Pepito volvió a girar, manoteando, y luego se lanzó a la carrera a través del pasadizo. Los jóvenes se miraron entre sí. Parecían preguntarse con la mirada si debían ir a buscarlo o escapar de allí a toda pastilla. Cuando la primera opción estaba a punto de imponerse, pasado el susto inicial, Pepito giró de nuevo y volvió pasadizo adelante dispuesto a arrollar a los tres bromistas. Sus brazos se bamboleaban y chirriaban y hasta su mandíbula castañeteaba con fuerza.

-Pa… parece un auténtico demonio –dijo, sorprendentemente, el siempre valiente Lauro.

Ninguno de sus dos compañeros replicó. Querían correr, pero no acertaban a mover adecuadamente sus paralizadas piernas. Entretanto, Pepito se dedicó a continuar su fantasmagórico ballet. Giró, se agitó, dio más vueltas, avanzó, retrocedió, hizo chirriar todos sus huesos, castañeteó los dientes, soltó chispas y, finalmente, se dejó caer sobre el suelo estrepitosamente tras lo que pareció un clímax de su alocada danza, con convulsiones imposibles de sus

maltrechos huesos y torsión de las articulaciones hasta inclinarse y caer sobre el suelo.

Los tres amigos, paralizados de horror, casi esperaban que apareciera un nuevo incauto del otro lado del túnel para devolverlos a la realidad. Pero no fue así, allí no había nadie. Temerosos y confundidos, no sabían qué hacer.

-Vayámonos –aconsejó Alfredo, y los otros parecieron dispuestos a seguirle.

Finalmente se impuso una brizna de cordura, aunque procediera del más histérico de los amigos:

-No podemos dejarlo ahí –indicó Lauro-, nos descubrirían.

Alfredo se encogió de hombros, como si dijera "¿y qué?". Bermudo, paralizado por el horror y mudo de asombro, se abstuvo de opinar en voz alta. Pero Lauro impuso su criterio. Había que llevarse de allí a Pepito.

-¿Y si vuelve a levantarse? –preguntó Alfredo.

-No creo que pueda –dijo, finalmente, Bermudo, saliendo de su mutismo-. El mecanismo y el motor se han destrozado del todo.

No muy convencidos, pues, en el fondo, albergaban la sospecha de que el fenómeno era paranormal y podría repetirse sin necesidad de baterías o motor, se obligaron a echarle la sábana por encima y arrastrar los despojos a un descampado cercano. Allí, como si se tratase de una mala película de terror, aunque sin rayos, truenos ni lluvia torrencial, hicieron un hoyo, al principio con sus propias manos y luego con unos palos, donde, de mala manera, enterraron los huesos de Pepito, que habrían de reposar por toda la eternidad junto con las barras, bielas y engranajes del artificio. El descanso, aunque tardío, era, sin duda, merecido para el involuntario donante de la osamenta.

Era casi madrugada cuando los tres amigos cubrían con hojas el agujero, disimulando malamente el funeral, y se marchaban de allí a sus casas en completo silencio, no roto en ningún momento ni siquiera a la hora de irse a dormir los que compartían cuarto. Estaba claro que aquello debería ser un secreto entre los tres, un mortificante suceso que enterrar en su memoria y motivo constante de preocupación para

todos. No es que se arrepintieran de su obra. Pero sí, al menos, habían quedado escarmentados de sus inesperadas consecuencias.

A apenas trescientos metros de allí, en uno de los bloques junto al pasadizo de la galería comercial, un niño se despertaba. Estaba ansioso, inquieto. Apenas había dormido. La víspera fue su cumpleaños y le habían regalado un auto teledirigido. Un estupendo todoterreno capaz de desplazarse en todas direcciones y sobre cualquier superficie. Al principio funcionaba estupendamente y respondía a sus órdenes de modo adecuado. Pero luego pareció empezar a atascarse. Sonaba extraño, se movía a trompicones. Luego, sin aviso previo, se detuvo y quedó inútil. Temió que se hubiera estropeado.

-No creo, hijo –le dijo su padre que de eso, como de todo, era el que más sabía del mundo-. Se le habrán gastado las pilas o será alguna interferencia, como cuando se cruzan las voces en el teléfono.

El crío se quedó algo más tranquilo y obedeció cuando lo mandaron a la cama. Ahora saltó de ella como un resorte, dispuesto a comprobar que su auto realmente funcionaba. Y sí, respondía de nuevo a las mil maravillas.

El padre, que ni era experto en absoluto ni sabía tanto como su hijo creía, había tenido, por una vez, razón. El todoterreno había fallado por una interferencia. Pero nunca, en la vida, ni el padre ni el hijo, ni tres bromistas escaldados, habrían llegado a imaginar de qué clase fue la interferencia que provocó el fallo del vehículo y la entrada en funcionamiento de otra máquina mucho más extraña.

Juan Luis Monedero Rodrigo

POR AMOR AL ARTE

Hay ciertos mundillos en los que los imbéciles se desenvuelven como pez en el agua. Se me ocurren, por ejemplo, el mundo de los deportes, con esos comentarios de "sabio" acerca de que no hay rival débil o la fuerza del equipo, el de la prensa rosa, con repetición incansable de clichés por parte de "periodistas" y los pazguatos a los que persiguen. Y, sobre todo, el mundillo de la cultura, donde se supone que toda la gente es muy lista y culta y menudean, sin embargo,

los mentecatos. Dentro del mundo cultureta, esto es particularmente notable en el ámbito de las artes plásticas, sea pintura, escultura o esa chorrada que hoy se lleva tanto de lo multimedia.

No voy a describir aquí las chorradas que acompañan al imaginario de los artistas, galeristas y críticos. No sería propio de mí dedicarme a la mera descripción. Ni voy a descubrir que los artistas tienden a ser ególatras gilipollescos ni que suelen tener todo un rebaño de ovejas a su alrededor dispuestas a adorar sus creaciones. Tampoco descubriré que en este mundillo hay gente muy pero que muy lista. Lo que suele llamarse aprovechados. Pero sí diré que yo pretendo ser uno de ésos que se aprovechan de la ingenuidad o estupidez ajena, según mi costumbre.

Por desgracia, es cosa comprobada que hoy en día cuenta más la publicidad que el arte a la hora de venderse. Tal vez sea cierto eso de que el arte, como tantas otras cosas, ha muerto ya en nuestro tiempo. Pero eso no significa que uno no pueda ganarse la vida gracias al arte. En mi caso, una mezcla de caradura y labia junto con unas buenas relaciones que, como ya se sabe, me vienen de mi señor padre.

Todo empezó en la penúltima feria de Arco, a la cual asistí primero como público y luego, medio en broma medio en serio, como representante de un amiguete. No voy a decir su nombre porque tampoco le voy a joder desde aquí el negocio ni la clientela que le conseguí.

El caso es que mi colega es un fumeta al que le entró una vena mística y le dio por empezar a moldear enormes láminas de metal, básicamente cobre, estaño, bronce y acero, aunque, con el tiempo, ha empezado a realizar extrañas mixturas con todo tipo de materiales. Hace un par de años no lo conocía nadie. Y sus obras podían haber pasado, perfectamente, por basura de chatarrero, con su óxido y todo. Pero el tío debió de parecerle interesante a un colega de una galería –o bien no tenía nada mejor a mano o, simplemente, intuía que algún tarado tendría visiones artísticas con la morralla- y lo puso en su espacio de Arco.

Al principio eran muchos los que miraban y ninguno el que compraba. Pero ahí llegó mi menda para cambiar el estado de las cosas. El primer día fui de normal, con vaqueros y chupa. El segundo, cuando

ya tuve mi idea y al colega le pareció bien, me disfracé de "artistoide": gafas culo botella, perilla, camiseta churretosa, pantalón de pinzas y gabardina negra. Me planté ante las birrias de mi amigo y me puse a expresar en voz alta mis "fundamentadas" opiniones. Pronto hubo un par de chorbos que se pusieron a escucharme y le preguntaron a mi amigo cuánto costaban sus obras. Y porque les parecieron demasiado caras y el colega no quiso aflojar, que si no se las compran. Bastó con seguir con el numerito durante unos minutos para que se me acercaran, en este orden, un comisario de la exposición, una reportera medio lela de una cadena local y tres galeristas. Tras ellos vinieron los clientes o, más bien, pardillos. En dos horas de cháchara hueca vendí dos bazofias de metal retorcido. Curiosamente, cuando le preguntaron a mi amigo por el sentido de sus obras, el tío se limitó a repetir las chorradas que yo mismo había dicho y le largó un rollo medio metafísico a quien quiera que cometió la imprudencia de acercarse a su chiringuito.

Al menos, el colega fue generoso y compartió conmigo un pellizco de las ganancias, además de invitarme a unos buenos copazos y algo de mierda. Aunque está claro que fui yo quien les arreglé el día a él y al bobo de su galerista.

Sólo por curiosidad me pasé por Arco durante los siguientes días. Así comprobé que, mientras el rollo cultureta fue exhibido, mi colega siguió vendiendo sus patatas hasta que no le quedó ni una. Desde entonces ha seguido triunfando, y ya sin que yo tuviera que echarle ni un cable más.

Así que se me ha ocurrido que, al más puro estilo Grogrenko de los cojones, voy a ofrecer desde aquí mis servicios como timador y piquito de oro, es decir, sapientísimo crítico de arte, para que cualquier artista, artistoide o caradura a mi semejanza, pueda disponer de mi inestimable colaboración y de mis valiosos contactos para vender el humo que desee, es decir, para colocar sus obras de "arte" en galerías, comercios y, si hace falta, en cualquier museo en el que estén dispuestos a dejárselas colar.

Hala, un saludo desde aquí a mis futuros apadrinados artísticos.

Sergi Lipodias

LA SALVACIÓN

Malos tiempos para traer una criatura al mundo. El peor de los lugares. Campo de refugiados de Bredging, en el Chad. Treinta mil famélicos huidos de Darfur Occidental se cobijan en tiendas, chabolas y bajo el propio cielo. Son todos creyentes, musulmanes de la etnia massalit a los que sus hermanos de fe han perseguido, expulsado y aniquilado. Ahora no tienen verdaderos amigos. Para sus hermanos massalit de Chad son un fastidio, un constante problema del que no pueden escapar. Enemigos al norte, al sur, al este. Frontera al este, el lado más peligroso. Mínima ayuda, en forma de limosnas, para malvivir sin ninguna esperanza de futuro. La Media Luna Roja, o su variante occidental, Médicos Sin Fronteras, diversas organizaciones, gobiernos y particulares parecen preocuparse por su suerte y fingen darles ayuda, una mera limosna para poder soñar con un mañana mejor.

Ellos son una pareja joven. Él era fuerte y orgulloso. Ibrahim Ahmat Barka es su nombre. Pero ya no tiene fuerzas ni orgullo. La guerra, el exilio, el dolor y el hambre han terminado con todo. Mariam es su esposa, su única familia. Sólo ella le queda. Muchos murieron. Quizá otros sigan con vida, pero ninguno a su lado. La diáspora los separó hace mucho tiempo. Imposible saber si quedó algún ser querido atrás con quien poderse reencontrar en un nebuloso e improbable futuro. Ambos se han arrastrado hasta Bredging. Muertos de hambre y de cansancio. Sin ánimo ni fuerzas. Semidesnudos de ropas y desnudos de ilusiones. Ni siquiera cuenta la que Mariam lleva en su seno. Está embarazada y aquella desdichada criatura que se ha negado a morir por el camino es, tal vez, la única razón por la que aún se esfuerzan en subsistir.

Pero la vida es fuerte. La vida sigue entre las calamidades y, por más que los tiempos sean espantosos, el bebé viene al mundo. Su madre pensó que el embarazo se malograría. Su padre llegó a rezar para que así fuera. Pero, en ocasiones, cuando menos se los espera y desea, los milagros ocurren. Tras meses de huida y penalidades, con el mínimo reposo que supone habitar en una cárcel a la que llaman refugio, donde hay algo de comida, algo de agua y, aunque sea en forma de idéntica limosna extranjera, algunos médicos que tratan de sanar sus cuerpos maltrechos –las almas resultan imposibles de enmendar-,

la mujer ve progresar su embarazo. Es un don del cielo, se supone, el apoyo para los padres en la vejez, la alegría en la tristeza. Todo ello, sí, fácil de ver con los ojos del corazón. Pero también una boca más que alimentar, una carga, un ser que habrá de vivir y sufrir como sus mayores. Un nuevo paria del mundo.

Por eso no es raro que el padre esté más preocupado que alegre. Ni que la madre rece pidiendo para su hijo algo imposible: que no tenga que sufrir sus penalidades, que lo aguarde una vida mejor, lejos de la guerra, lejos del hambre, lejos de aquel campo de concentración al que llaman de refugiados. Es una oración triste, sin esperanza pero, en ocasiones, los milagros se producen y no por inesperados o incomprendidos dejan de obrarse con espectaculares consecuencias.

La criatura nació. Sana y tranquila. Extraña. Una niña. Ni tan siquiera es un varón, piensa Ibrahim. El primogénito de la joven e infeliz pareja es una niña enclenque y de mal aspecto. Un pequeño monstruo. O tal vez sea un ángel. Fatimé, la llaman, como la hija del Profeta, Alá lo tenga en Su gloria.

La madre y la niña apenas salían a la calle. Los demás refugiados la miraban con ojos como platos, entre embelesados y espantados. Unos decían que Fatimé era un monstruo. Otros que se trataba de una niña santa. Casi nadie se acercaba a ellas. Pocos eran los que hablaban con Ibrahim, como si su mero contacto fuera peligroso.

La familia estaba prácticamente sola. Los recursos seguían siendo tan exiguos como de costumbre. Pero Ibrahim se obligaba a proseguir. Por Mariam, también por aquella pobre niña, su hija Fatimé. Debía salir cada mañana a buscar comida para los suyos. A limosnear, a hacer cola para tener un poco de harina, una pizca de arroz. Su esperanza se limitaba a conseguir ese mínimo sustento diario. En Bredging no podían esperar mucho más de la vida. Y el futuro se veía tan oscuro como siempre aunque, por lo menos, sería un futuro en paz, sólo alterada por las pesadillas del pasado y los temores acerca del futuro.

Ibrahim se avergonzaba. Pero nunca se lo diría a nadie. No en público. Cuando nació Fatimé fue un malvado. Amenazó con repudiar a

Mariam. Gritó que la niña no era suya, que él no pudo haber engendrado tal monstruo. Sin embargo, Mariam lloraba y juraba lo contrario. ¿Acaso los ojos no eran suyos? ¿No lo eran las pequeñas orejas?

Cuando Ibrahim aceptó la realidad, se sintió como un animal: sucio y salvaje. ¿Cómo pudo dudar de Mariam? Para ella lo era todo. Lo único que tenía en la vida. Aparte, claro está, de la pequeña Fatimé.

Quienes vieron a la niña dijeron que era muy fea, que era muy rara, un monstruo horrible. Algunos afirmaron que se trataba de un castigo de Alá. Otros aseguraban que era resultado de la desgracia, de los males de aquellos tiempos terribles. Pocos, no obstante, se apiadaron de aquella familia. Ninguno los invitó a compartir su poco pan.

La niña, pese a su aspecto y las privaciones que acompañaron su nacimiento, parecía perfectamente sana. No obstante, aprovechando la presencia de aquellos médicos extranjeros que anunciaban los encargados del campamento, Mariam insistió en que debían llevársela para que la examinaran. ¿Y si padecía algún mal que ellos no conocían? ¿Y si su extraño aspecto era realmente enfermizo?

-Debemos protegerla del mal –añadió, refiriéndose, sin saberlo, a las vacunas que los extranjeros proporcionaban a los niños.

Ibrahim no estaba de acuerdo. Y él era quien decidía. No deseaba exhibir a su niñita ante los extraños. Ni exponerla a los ojos de toda la gente del campamento. No toleraría sus burlas ni sus miradas de conmiseración.

Al cabo, de poco sirvieron sus negativas. Los médicos de ACNUR se dedicaron a visitar las tiendas y chabolas una por una, incluido el chamizo de los Barka.

Mariam observó a la mujer-médico con ojos maravillados. No sólo era una mujer que curaba sino que, además, su aspecto era casi tan extraño como el de su Fatimé. Con ella venía una enfermera del campamento, que la ayudaba y le servía de traductora.

-¿Está bien? –preguntó Mariam con un hilo de voz cuando la doctora observó a Fatimé con ojos desorbitados.

-Perfectamente –tradujo la ayudante, en tono seco-, pero…

La frase quedó en el aire. La doctora no la había concluido. Dio una orden a la enfermera y ésta abandonó la tienda corriendo. La doctora examinaba con cuidado a la niña y lanzaba miradas severas a sus padres.

-¿Le ocurre algo? –sollozaba Mariam sin que la doctora la entendiera, con su lenguaje extraño y sus gestos incomprensibles.

Al poco regresó la enfermera. Con ella venían dos soldados de la ONU y otro hombre extranjero, fuerte y alto, pese a su enfermiza palidez.

Mariam estaba a punto de echarse a llorar. Ibrahim, tan asustado como su esposa, observaba la escena serio, tratando de mantener la compostura.

-¿De dónde la han sacado? –gruñó la enfermera.

Mariam e Ibrahim se miraron sin entender.

-Es nuestra hija, ¿está enferma? -replicó Ibrahim, temiendo que todas sus sospechas se vieran repentinamente confirmadas.

-No, está perfectamente sana –añadió la enfermera, traduciendo a su irritada jefa-. Sorprendentemente sana, dadas las circunstancias.

Y la mirada de la enfermera, idéntica a la de la doctora o los soldados extranjeros, no necesitaba traducción. Era de ira contenida.

-¿Dónde la encontraron? –tradujo la enfermera mientras la doctora extranjera y pálida los interrogaba con la mirada.

Mariam se dio cuenta de que su niña se parecía bastante a aquella mujer. Era blanca como ella, con el pelo claro, aunque Fatimé lo tenía rizado y la mujer, con su cara llena de manchas y arrugas, lo tenía lacio y liso.

-Es nuestra –repitió Ibrahim indignado- ¡Es nuestra hija Fatimé!

Pero cuando intentó acercarse a su mujer y a la criatura los soldados lo detuvieron, impidiéndole proteger a su propia hija.

-No pueden quedársela –señaló la doctora a través de la enfermera.

Mariam se puso a llorar aunque, de repente, una pequeña luz se hizo en su mente. Creyó comprender lo que sucedía y pidió a su

marido que se tranquilizase. Debía hacerse entender, pero también comprender.

Cuando llegó el señor Mutombo, el responsable de ACNUR en el campamento, la escena no había variado un ápice. Ibrahim, tenso, sujetaba a Mariam por los hombros. La doctora atendía a Fatimé y los dos soldados extranjeros le servían de guardianes.

-No pueden quedarse con una niña occidental. ¡Compréndanlo!

Tal fue el saludo del señor Mutombo. Tras él entró el señor Gamaradine, el responsable del campamento. Ibrahim sintió que las rodillas le temblaban, pero estaba decidido a defender a su pequeña Fatimé aunque le costase la vida. Era consciente de que cientos de refugiados estaban fuera, tratando de enterarse de su desgracia, para chismorrear y hablar de la niña maldita, pero Ibrahim Ahmat Barka no iba a rendirse ante todos aquellos extranjeros importantes.

Mariam se sentía morir, pero había vislumbrado la verdad. Fue capaz de ver a Fatimé con los ojos con los que la observó la doctora por primera vez. Era doloroso pensarlo, pero quizá no fue un error el dejar que la extranjera la viese. Lo que parecía una desgracia tal vez fuera una oportunidad.

-¡Es nuestra! ¡Nuestra! –gritó por última vez Ibrahim, desesperado y decidido a lanzarse contra los dos soldados para recuperar a Fatimé de las garras de la extranjera.

La doctora Connor observó fascinada la pequeña criatura que le mostraron: una niñita occidental, rubia, pálida, con unos increíbles ojos gris azulados. ¿Cómo era posible que una criatura así hubiera terminado en aquel campamento de refugiados? ¿En manos de aquella pareja famélica que, por increíble que pareciera, la había cuidado con todo su amor? ¿Acaso era la hija de alguna cooperante desaparecida? ¿Una periodista? ¿Una turista? ¿Alguien atrapado en mitad del conflicto? Había casos de secuestros, de asesinatos. Pero lo lógico habría sido pedir un rescate por la madre y la hija, no dejar a la criatura en manos de unos miserables refugiados. Lo que estaba claro era que había que sacar de allí a la niña. Se merecía un futuro mucho mejor que aquél.

Mariam observó fascinada a la extranjera. Miraba con cariño a su Fatimé. Con tanto amor como fiereza había en sus miradas hacia

Ibrahim y ella. Mariam comprendió. Su niña, que les pareció deforme y enferma, debió de asombrar a la extranjera. Era de piel clara y pelo amarillo como ella. Debió de pensar que era de su tierra, uno de los suyos. O la doctora sufría el mismo mal que la pobre Fatimé. Fuera como fuese, aquella mujer podía sacar a la niña de tan espantoso lugar. Cualquier vida fuera de allí sería mejor para ella. Y Mariam, aunque su corazón se desgarrase por ello, la ayudaría a escapar.

Fatimé era, efectivamente, una niña muy extraña. Sus padres eran oscuros como la brea, típicos negros espigados, fibrosos y con rostros caucásicos teñidos de oscuro. La niña, posiblemente, portaba alguna mutación. Un simple vistazo habría hecho pensar en una niña albina. Pero la situación no era tan sencilla. Debía de tratarse de un fallo en la expresión del gen de la melanina, o en la regulación de sus efectos. La niña era de piel clara, semejante a la de cualquier nórdico, pero no carecía de color. Igual que su pelo pajizo, casi blanco, o sus ojos grises. Su pelo sí era como el de sus padres, pero también hay rubios de pelo rizado en Occidente. La doctora, al verla, debió de pensar que no era suya. ¿Cómo imaginar que aquellos negros lo fueran? Entre razas, los seres humanos no solemos ser buenos fisonomistas. Básicamente por la costumbre. O, mejor dicho, por la falta de ella. La pensaría huérfana y abandonada. Y desearía salvarla. Casi tanto como su madre.

-¿Dónde encontrasteis a la niña? –preguntó, paciente, Gamaradine.

Ibrahim iba a saltar, a gritar y revolverse. Pero Mariam lo sujetó y lo retuvo. Con un nudo en la garganta, le habló al oído.

-No te opongas. Van a sacar a la niña de este infierno. ¡Alá ha escuchado nuestras plegarias!

Ibrahim no estaba muy convencido. Mariam le contó en susurros lo que sospechaba, pero él estaba seguro de que querían robársela y hacerle daño. Una hija debía estar con sus padres. Y si era una enferma, los padres debían cuidarla aún con más afecto, y protegerla de todo mal. Así pensaba Ibrahim y Mariam se sintió orgullosa de su bondad. Pero, ahogando los gemidos que pugnaban por aflorar a sus labios, se obligó a mentir. Una madre debe hacer lo que sea por el bien de su hija. E Ibrahim, pese a todo, lo aceptó.

-Es cierto. La encontramos. En una cabaña. Sola. La madre estaba muerta, a su lado. Una mujer blanca. Como ella –añadió, señalando con dedo tembloroso a la doctora-. Y no podíamos dejarla morir allí, en mitad del tumulto y los disparos. ¡Era tan pequeña, tan frágil!

La enfermera, ahora con expresión más dulce en su rostro, tradujo, y los rostros de los demás también se relajaron.

-¡Ahora es nuestra hija! –añadió, plañidera, Mariam- Nosotros la salvamos, nosotros la cuidamos. Es la hija que perdimos y ahora hemos recuperado. La trataremos bien. La queremos –y ahora Mariam sí dejó brotar lágrimas de tristeza a su rostro y la voz le salió quebrada por la emoción.

-Sois buenas personas –tradujo la enfermera, mientras la doctora los miraba con una triste sonrisa en la boca-. Y esta niña os debe la vida. Pero comprended que éste no es su lugar. Debemos buscar a su verdadera familia y así entregársela.

Mariam negó con la cabeza. Chilló y se arañó la cara tratando de oponerse. También Ibrahim vociferó. Pero ambos, pese al dolor en sus entrañas, comprendían que el milagro iba a obrarse. Ellos perderían a su amada hija. Pero Fatimé abandonaría el infierno y tendría una nueva vida, una oportunidad, más allá de aquellas tierras yermas y sin esperanza.

A nadie se le ocurrió realizarle a la muchacha una simple prueba de ADN. Nadie cotejó sus rasgos con sus padres, no se sugirió prueba de paternidad alguna. La niña rubia era hija de una occidental y, por más limosnas que se dieran a aquellas pobres gentes, la niña rubia no podía quedarse con sus padres adoptivos y entre sus semejantes.

Aquella noche, Fatimé durmió en la gran tienda de los médicos. A Mariam le dejaron darle el pecho, puesto que necesitaban, pese a todo, una comadrona. Como habían decidido que Mariam e Ibrahim habían perdido a su verdadera hija, no les extrañó que Mariam tuviera leche y la usaron de ama de cría. Por desgracia, para su largo viaje, nadie pensó en llevarse a los padres "adoptivos". Les interrogaron por el lugar donde la habían encontrado. Ellos respondieron con vaguedades. Les mostraron fotografías, por si

"reconocían" en ellas a la madre muerta. Mariam estuvo tentada de preguntar quiénes eran e informarse de cuál de aquéllas mujeres era la más rica para señalarla con el dedo y afirmar que era la "verdadera" madre de su Fatimé. Pero no quiso mentir más. Además de que temió que, entonces, indagaran mucho más y comprobaran que la niña no era de quien habían dicho.

Las pesquisas se desarrollaron, a la vez, por medio mundo. Se buscaron mujeres jóvenes, blancas y rubias que hubieran desaparecido recientemente en África Oriental. Periodistas, cooperantes, religiosas. Incluso se exploró la posibilidad del comercio sexual y la trata de blancas. Finalmente, alguien decidió que la niña era hija de una cooperante noruega desaparecida hacía casi un año. Tal vez había permanecido retenida varios meses antes de morir. El caso es que su madre aseguraba, sin lugar a dudas, que su hija Erika le había confirmado su recién descubierto embarazo la última vez que hablaron. El marido, un cooperante de OXFAM, también había muerto durante el ataque en que Erika desapareció, así que se decidió mandar a Fatimé con sus abuelos de Trondheim.

Mariam no sabía dónde estaban Noruega, Trondheim o la misma Europa. Pero supo que su hija iba a vivir con gente que la querría y le daría un futuro. Y no necesitó más. Cuando vio en una pantalla la imagen de aquella mujer vieja y arrugada que, con lágrimas en los ojos, le decía, por boca de la traductora, que les agradecía mucho haber salvado a su nieta, supo que Fatimé estaría bien. No le importó que la anciana le ofreciera dinero, o que prometiera ayudarlos en lo que pudiera. Mariam e Ibrahim se sabían condenados y comprendían que sus tristes vidas transcurrirían entre Chad y Sudán, si es que no se veían obligados a extender su exilio a otros lugares más lejanos.

-Por favor, señora, cuide bien a nuestra hija. Se llama Fatimé. Por favor, señora –sollozó Mariam ante la pantalla y la traductora vertió sus palabras al extraño idioma que llamaban inglés.

-La cuidaremos lo mejor que podamos. Su Fatimé será nuestra Fatimé. Es un don del cielo que da sentido a nuestras vidas tras tanta tristeza.

Mariam dio las gracias y se apartó de la pantalla. Dejó que Ibrahim la abrazara. Habían perdido a su hija. Pero la entregaban a

unas buenas personas que la cuidarían y la querrían como ellos. Personas que le darían un futuro.

Al día siguiente les tocó despedirse de la niña. Entonces sí que fue duro. Mariam lloró como nunca en su vida. Su llanto, sus chillidos, enternecieron a los curtidos oficiales de la ONU que asistieron a la separación. Ibrahim no lloró. Logró mantenerse serio y consoló a Mariam lo mejor que pudo, pero algo se rompió dentro de él cuando los rizos dorados de su Fatimé desaparecieron de su vida para siempre.

¡Alá es grande!, se dijeron Ibrahim y Mariam cuando la pérdida ya se había consumado. En la soledad de su tienda dejaron fluir sus emociones en la forma de un río de lágrimas. Hasta Ibrahim terminó empapado en sus propios sollozos. Pero era cierto. Alá había salvado a su niña querida de un futuro espantoso. Él, en Su inmensa sabiduría, había escuchado sus plegarías y se la había enviado blanca y rubia para que fuera rescatada de las garras del hambre y la miseria. Para que tuviera una familia y un hogar. Ellos llorarían por siempre su pérdida, pero sus corazones se alegrarían eternamente por su buena fortuna.

Entretanto, miles de familias, con miles de niños, seguían malviviendo en Bredging. Y aún permanecerían allí durante mucho tiempo, demasiado, hasta que la esperanza, esa fiel y terrible compañera, estuviera a punto de abandonar incluso los más animosos corazones.

Un día un miembro de ACNUR les entregó un paquete: contenía una pequeña medalla de oro, con extraños signos grabados –"para Mariam, agradecidos", le dijeron que ponía-, unos billetes extranjeros –dólares, les informaron- y una carta, donde Erika Sorensen les comentaba la adaptación de Fatimé y les renovaba su eterno agradecimiento.

Hubo otra carta más. Luego ninguna.

Hasta que un día les llegó otra pequeña nota desde Trondheim. Cuando un cooperante se la tradujo, ambos lloraron como llevaban mucho tiempo sin hacer. La había escrito, de su puño y letra, la pequeña Fatimé. Apenas cuatro líneas, con grandes caracteres

infantiles. A Mariam le maravilló que su hija, con apenas cinco años, ya supiera escribir en un idioma tan complicado como aquel.

"Gracias por todo. Sé que fuisteis mis papás hace mucho y me ayudasteis. La abuela Erika ya no está, pero la tía Herta me ha dicho que os escriba. Os mando mi foto y un beso muy fuerte. Adiós".

La foto mostraba una niña delgada y risueña, con ropajes extraños y caros. Su Fatimé, feliz y bien alimentada.

-Tiene tus ojos –le dijo Mariam a Ibrahim.

Y ambos se fueron felices a dormir aquella noche y muchas de las que la siguieron.

A las pocas semanas, Mariam supo que estaba embarazada de nuevo. No fue una noticia alegre. No lo podía ser en aquel lugar horrible. El futuro seguía siendo oscuro e incierto. Por eso Mariam volvió a rezar para que la criatura fuera como su hermana, para que Alá la hiciera pálida y fea y los extranjeros la llevaran hasta un lugar mejor.

-¿Te imaginas que algún día viniera Fatimé a visitarnos?

La pregunta era retórica y fue la que le hizo Mariam a Ibrahim aquella noche, tras contarle que estaba encinta, y después de que ambos incluyeran a su futuro retoño en sus desesperadas oraciones.

Ibrahim sonrió, soñador, con un brillo en los ojos que Mariam creía haber olvidado mucho tiempo atrás. Su marido la estrechó contra su costado, protector, y acarició dulcemente su mejilla.

-Sería hermoso. Entonces volveríamos a ser una familia.

Mariam asintió y se arrebujó contra su pecho a dormir. Era más fácil cuando la mente se llenaba de sueños bonitos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

TONTERÍAS CON PEDIGRÍ

No hay nada mejor que la bendita ignorancia mezclada con buenas porciones de estupidez para largarse a enfrentar el futuro a lo Quijote, de frente y contra un muro.

Todos nos sentimos capaces de señalar a los tontos con el dedo mientras presumimos de estar infinitamente más allá del alcance de sus deficientes entendederas. Y, sin embargo, qué fácil es tragarse

la gilipollez más grande del mundo con tal de que nos la entreguen bien envuelta y adornada.

Desde los tiempos en que tanto peso tenía el principio de autoridad es bien poco lo que hemos avanzado. Tan poco que nuestra supuesta racionalidad, de la que tanto presumimos, se queda en agua de borrajas a las primeras de cambio.

Y es que en nuestro tiempo, como siempre ha sucedido, si uno se para a analizarlo, existen infinidad de estupideces sancionadas por la costumbre y aceptadas por la multitud. Se consideran necesarias, valiosas, incuestionables. Ello hace inútil cualquier análisis, como para el creyente los fundamentos de la fe que profesa. Y ello nos convierte a todos en tontos alevosos de los que titulan –titulamos- este número.

Basta pensarlo para darse cuenta de lo numerosos que son los casos aludidos pero, para muestra, basten un par de botones.

Por ejemplo: estamos acostumbrados a que, desde los noticiarios, nos bombardeen con estadísticas, algunas de las cuales son particularmente absurdas, cuando no interesadas. Así, cada fin de semana nos cuentan el número de accidentes y de víctimas en la carretera. Y hasta nos los comparan con la misma fecha del año anterior. Como si el paso de dos a tres accidentes en un día, o al contrario, supusiera una cifra significativa o permitiera deducir, como una progresión matemática, la evolución de la siniestralidad. Pero nos salen los periodistas diciéndolo todo serios y nos parece que sus palabras van a misa.

Otro caso: la creencia cuasimística en la racionalidad de los consumidores e inversores y la autorregulación de los mercados. Es verdad que los mercados se autorregulan. Como cualquier sistema, tanto más cuanto más complejo, los mercados tienen cierta flexibilidad y son capaces de compensar los vaivenes. Pero de ahí a pensar que esa autorregulación es poco menos que racional, científica y programada, es poco menos que convertirla en portentosa y milagrosa. Estamos hartos de ver que muchos de sus vaivenes son más bien caóticos y desordenados, cuando no fruto de histerias colectivas o intereses particulares. Y, sin embargo, cuando, tras la última crisis, nos vuelven a hablar de la sacrosanta autorregulación económica casi

todos sentimos deseos de responder con el consabido amén de tantas oraciones.

Uno más: resultan patéticos los políticos que buscan votos como quien acapara el dinero. Olvidan la política, olvidan la gobernabilidad. Sólo persiguen el voto por lo que significa de capacidad para ejercer poder, para mantenerse en el gobierno. Y nada importa que el país o el mundo se hundan. Es el famoso "después de mí el diluvio" o "que me quiten lo bailao" de tanto iluminado. Y los demás, más tontos aún, pagamos las consecuencias de su estupidez, egoísmo, falta de miras o mera indolencia. Hay que mantener contento al público –los votantes- y a los padrinos –los poderes económicos-, mientras lo demás importa un rábano. Da igual convertir el país en reinos de taifas o empeñar el futuro ambiental de todo nuestro planeta.

Y no voy a decir más porque, además de sentirme tremendamente idiota e impotente, me estoy poniendo de bastante mala leche.

Si alguien quiere añadir elementos a esta serie, sólo tiene que pensar un rato –aunque, para algunos, la falta de costumbre es una seria limitación-. Se agradecería, por cierto, que algún lector contribuyera a esta revista enviando algún otro ejemplo adecuado al caso que se le haya ocurrido o conozca desde hace mucho.

Tampoco ayuda pensar que uno tiene algo abiertos los ojos. Entonces se siente aún más estúpido y estafado. Pero, qué le vamos a hacer, no seré yo quien diga aquello de "bendita ignorancia".

Juan Luis Monedero Rodrigo

CON LA AYUDA DE MIS AMIGOS

Parece increíble que, en una época cercana a nuestros días, todavía existiera en nuestra civilizada Europa un pueblo tan primitivo como los onovick. No sé si atreverme a llamarlos tribu, aunque no sería mal nombre para ellos el de tribu de los lerdos.

Fueron descritos por primera y única vez por el viajero germano Dieter Kapp a principios del siglo XX, justo antes de la Gran Guerra.

El amigo Dieter no era ni siquiera antropólogo o explorador. Se trataba de un viajero deseoso de conocer nuevos lugares y se había

lanzado a visitar la enorme, vecina y desconocida Rusia. Harto del frío del norte se acercó a las tierras más cálidas junto al Mar Negro y dio con sus huesos en el territorio de Krasnodar, donde, para su desgracia o fortuna, tomó contacto con las gentes que habitaban las aldeas onovick.

Salvado el problema del idioma, puesto que Kapp hablaba correctamente el ruso y conocía algunos dialectos eslavos, el buen hombre quedó espantado y confuso con lo que en esas tierras contempló y no pudo por menos que mencionarlos en su diario de viajes, posteriormente publicado, con escaso éxito, a su regreso a su Suabia natal.

Si el volumen hubiera tenido mayor resonancia es seguro que algún contemporáneo de Dieter Kapp se habría acercado a aquellos montes en la ribera del Cáucaso para contemplar por sus propios ojos a las gentes descritas por el alemán. Pero el detalle pasó desapercibido y los onovick permanecieron ignorados, aun por sus propios vecinos, durante varias décadas, hasta que el padrecito Stalin, en una de sus purgas habituales, decidió exterminar a aquella gente, igual que hizo con tantas etnias de su país. La causa de este genocidio en concreto no es conocida, pero cabe suponer que los onovick, dados sus talentos y habilidades naturales, contaban con un número particularmente elevado de papeletas para ser víctimas de la locura del dictador.

Contaba Kapp que en aquellas tierras parecía uno trasladado a épocas remotas, a una antigüedad salvaje e indómita pese a encontrarse en un país cristianizado desde antaño. Pero la civilización no había llegado hasta los onovick o, más bien, los miembros de esta etnia se habían mantenido impermeables a sus efectos.

Y es que, antes que ninguna otra característica, se podría deducir, por los escritos de Kapp, que los onovick eran cazurros hasta el extremo. Eran cerriles, obtusos, imbéciles adrede y con determinación. Kapp pensaba que se trataba de una comarca de oligofrénicos, y hasta hacía algunas observaciones antropométricas y frenológicas con las que pretendía demostrar sus deducciones. Pero es probable que el alemán se equivocara y los onovick no fueran deficientes mentales, sino que su cerrazón, su impermeabilidad a las

ideas, los convirtiera en los lerdos que el tuvo la desgracia, o privilegio, de observar.

Amparándose en una burda idea de tradición, y también en una fuerte cohesión de grupo, casi tribal, los onovick veían como peligroso cualquier signo de inteligencia por parte de sus vecinos, cualquier innovación se consideraba demoníaca o, cuando menos, mal intencionada. Su modo de vida distaba mucho de ser cómodo, bucólico o deseable en modo alguno. Eran pobres como ratas, pasaban hambre, frío y todo tipo de privaciones. Pero parecían concebir cualquier cambio como pernicioso o sospechoso de serlo. Así las cosas, ya que apenas tenían visitantes, se mantenían en unos usos y costumbres tan primitivos que, en ciertos aspectos, parecían prehistóricos, como su costumbre de habitar covachas y tiendas de madera y paja o la de vestir únicamente pieles apenas curtidas y emplear herramientas viejísimas e inútiles que pasaban de generación en generación. Obviamente, Kapp no encontró un hotel o posada entre los onovick y tuvo que "alojarse" en una cueva abandonada, fría, húmeda y tremendamente incómoda. Si permaneció tres días entre sus "anfitriones" fue más por curiosidad y tozudez que por verdadero gusto. El buen hombre no podía creer que aquella gente fuera tan garrula.

En su comunidad la innovación estaba prohibida. También estaba mal visto poner en duda lo aceptado o discutir la opinión de los mayores. Si un onovick alteraba el orden tradicional era duramente castigado, llegándose a flagelarlo en público y estaba obligado a compensar su "error" realizando tareas comunales durante un tiempo variable. Si el "criminal" reincidía en sus errores o éstos eran de tal calibre que, según el consejo local de ancianos, transgredía las costumbres de modo especialmente peligroso o pecaminoso, era expulsado sin contemplaciones de la aldea y de la comarca, para no poder volver a ella jamás. Y para un onovick el alejarse de los suyos era, por lo que pudo colegir, el más monstruoso de los castigos. Kapp sospechaba que, en ocasiones, los aldeanos llegaban al homicidio, justificando el linchamiento por el buen orden de la comunidad. Él mismo, tras comprobar cómo se las gastaban los onovick con sus semejantes, se abstuvo muy mucho de incomodarlos y hasta dejó de

hacer preguntas que le parecían interesantes con tal de no desatar su ira. En tan breve estancia como fue la suya, extrajo la tajante conclusión de que aquélla era una comunidad de imbéciles, de retrasados mentales al margen de cualquier corriente civilizadora, culturizadora o tecnológica.

Kapp se fue de allí bien pronto, con una mezcla de lástima y espanto por aquella gente tan celosa de sus costumbres. Es lástima que nadie más nos haya dejado constancia de lo sucedido en aquellas tierras tan próximas y, a la vez, tan remotas. Es de creer que los onovick permanecerían instalados en su primitivismo durante las casi cuatro décadas que mediaron entre la visita del alemán y la de los agentes del régimen soviético que se encargaron de finalizar sus tradiciones de modo drástico. Está claro que, pese a lo aquí referido, la cerrazón y el cazurrismo no podían ser patrimonio exclusivo de los onovick ni, probablemente, alcanzaron en ellos sus cotas máximas.

Euforia de Lego

CARTAS AL DIRECTOR
(en busca y, si fuera posible, captura)

REALIDAD

Algunos, al leer mis palabras, tienden a considerarme reaccionaria. Creo que se equivocan y tal vez el presente artículo sea mejor demostración que cualquier protesta por mi parte. No diré que no sea yo una enamorada del orden, en medio del caos del presente, y que no añore épocas mejores. Soy conservadora, sí, porque considero que en la tradición pueden encontrarse los mejores ejemplos de civilización y convivencia. Y, digo yo, sería estúpido por nuestra parte el renunciar a todo lo que de bueno nos han legado nuestros antepasados.

Aunque, en ocasiones, confieso que me sorprende lo burdamente que malinterpretamos las enseñanzas del pasado.

Para muestra, un tema que, como monárquica convencida, me preocupa e inquieta particularmente, y es el de la sucesión de nuestro amado rey la cual, para qué negarse a contemplar la evidencia, no

habrá de retrasarse ya demasiado y sería adecuado que estuviera clara al menos hasta la tercera generación de sus descendientes, y no sólo hasta ser sustituido por su heredero directo.

Me parece inconcebible que, tras los problemas que causó en su tiempo la derogación fernandina de la ley sálica, que nos condenó a miles de monárquicos a la confrontación y nos convirtió a muchos patriotas carlistas en una suerte de traidores, hoy en día no hayamos aprendido nada del pasado y todavía se hable alegremente de la sucesión y se proponga, sin analizar la situación en detalle, que pueda cambiarse la ley de sucesión para que una mujer sea reina aunque tuviere hermanos varones susceptibles de ser nombrados herederos. Y no es que yo diga que una mujer no pueda ser reina y gobernar mejor que cualquier hombre. Basta para ver que no es así el ejemplo de la primera y regia Isabel de nuestra historia. Lo que sí quiero hacer notar, en particular a todos esos patriotas de boquilla a los que se les hincha el pecho hablando de democracia cuando se refieren a la demagogia actual, es que tal modo de elección no parece acorde con nuestros tiempos en que se pretende la democratización de todos los ámbitos de nuestra sociedad. No entraré aquí a juzgar la bondad o necedad de esa democratización, pero sí diré que, si queremos modificar la ley de sucesión, deberíamos tener en cuenta el contexto social en que la monarquía se mueve en el mundo actual.

Si un príncipe o una infanta puede desposar un plebeyo o plebeya, y hasta parece obligado que rehúya como consortes a miembros de la nobleza o la realeza, es claro que no debemos mantener la sucesión en los mismos términos que en el pasado. Pero no creo que la solución sea nombrar heredera, sin más, a la primera hija o a cualquier varón independientemente de su orden. Antes bien opino que debería realizarse una elección consensuada basada en los méritos y no en el orden cronológico de nacimiento o el sexo del posible heredero. Si en nuestros días las herencias se reparten por igual entre todos los vástagos, es lógico que, ya que no sería lícito ni razonable dividir los países como se hacía en el pasado, la elección del sucesor o sucesora se haga según criterios de racionalidad y eficacia. Y es por ello por lo que creo que todos los vástagos reales deberían ser sistemáticamente sometidos a una serie de pruebas de aptitud y

capacidad que demuestren bien a las claras cuál entre ellos es el más adecuado para suceder al rey de modo y manera que sea la preparación y no el mero ordinal o el sexo el factor determinante en la sucesión. Casos tenemos en el pasado que, por desgracia, nos muestran a las claras que una mala elección del sucesor puede condicionar el futuro de la patria. Qué decir, si no, del segundo de los Carlos de nuestra historia, el que perdió buena parte del Imperio, o la segunda Isabel, la que nos vendió a los liberales. Por ello, si queremos una patria fuerte con un monarca capaz, debemos modificar la ley de sucesión y democratizarla, pero del único modo en que la democracia puede mejorar el sistema de elección, por el del mérito propio y no la simple elección por parte del azar o los patanes del reino, tan semejantes en cuanto al resultado ambas vías de elección.

Pues ahí queda eso. Para que luego me llamen retrógrada.

Doña Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(viuda de de Lego y salvadora de la monarquía patria)

EPÍLOGO

Es harto probable que, si has llegado hasta aquí y has leído total o parcialmente la revista hasta este punto, tengas la certeza de que los tontos verdaderamente alevosos son quienes han escrito las presentes páginas. Suponemos que no te faltará razón. No vamos a ser tan presuntuosos como para pretender que no nos incluimos en la categoría de los imbéciles satisfechos. Ahí está el quid de la cuestión, el tonto presumido nunca pensará que es idiota o, si acaso lo llega a pensar, se regodeará en su estulticia haciendo alarde de ella. Pero tampoco vamos a seguir su ejemplo y suponer que seamos destacados ejemplares de la fauna alevosa. Somos gente humilde y estamos seguros de no merecer semejante honor, aunque sea un puesto, el de líder y ejemplo de idiotas, de los más competidos entre los miembros del género humano.

Pero que uno sea ciego a la propia viga no hace que deba callarse ante la mota ajena y en nuestro caso esto se ha traducido en un pequeño escaparate de algunas sandeces de las que nos rodean así como de los sandios que las ejecutan y las ejecutamos. No queremos acaparar protagonismo, pero tampoco eludir nuestro propio papel en el

escenario. Agradeceríamos, pues, que nos hicierais saber nuestras pequeñas o grandes estupideces. Prometemos propósito de análisis y, si es menester, también el de enmienda.

Si gracias a nosotros has sido consciente de esa general y alevosa estupidez de la que formamos parte, nos damos, en todo caso, por plenamente satisfechos. Aunque somos conscientes de que si nos hubiéramos aplicado aquello de que el libre de pecado arroje la primera piedra, habríamos dejado en blanco cada una de las presentes páginas. Asumimos que somos tontos como el que más, pero estamos dispuestos a renunciar a la alevosía y el orgullo de perpetrar las mayores o mínimas estupideces de las que, sin duda, somos indolentes partícipes.

EL PUNTO Y FINAL

Una vez más hemos llegado a la conclusión de un nuevo número de nuestra revista. Cuasimilagrosamente, hemos alcanzado a concluir la tarea que nos habíamos autoimpuesto y a la que, para vuestra desgracia o placer, os habíamos invitado. Ahora que habéis sido partícipes de nuestra pequeña obra juzgaréis, como de costumbre, si ha merecido la pena el esfuerzo puesto en ella.

En esta ocasión, y más que nunca, la revista va camino de convertirse en obra de Juan Palomo. Cuando comenzamos nuestra andadura presumíamos de haber salido, como muertos que nos confesábamos, de nuestras plácidas y silenciosas tumbas. Ahora tememos que el destino nos aguarde en esos mismos sepulcros si nos quedamos sin vuestras voces y oídos. Pero seremos optimistas. Confiamos en poder salir de nuevo de los féretros con más ánimos que nunca. Con vuestra ayuda, la de vuestros oídos, cerebros y plumas. Necesitamos de vuestras colaboraciones. Nos entristecen vuestros silencios y timidez.

Agradecemos, como siempre, su ayuda a los pocos que se han dignado prestárnosla: Gerardo Monedero por su portada, a Ignacio Barroso por su colaboración y el incombustible "El temible burlón" por su breve aunque ya imprescindible reflexión.

Si no fallecemos antes víctimas de la soledad y el hastío os volveremos a martirizar con un nuevo número. Temblad por ello o esperadlo con simpatía, según os plazca.

Enviad vuestras futuras y abundantes colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis seguir bajando cualquier número de la revista de nuestra flamante página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página de Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta la próxima ocasión.